

- * ESE CANALLA DE SIMMONS! (Cuento), por Arthur Morrison.
- * LAMPARA DE CATEDRAL. (Poema), por Gabriela Mistral.
- * JUAN LARREA Y EL NUEVO MUNDO, por Rafael Pineda.
- * PROCESO DE LA LITERATURA FEMENINA HISPANOAMERICANA, por Susana Redondo.
- * Tradiciones Costarricenses: EL DULCE NOMBRE, por Gonzalo Chacón Trejos.
- * BREVE HISTORIA DE LA CUESTION DE CHIPRE.
- * LA BIBLIOTECA DEL CONGRESO, EN WASHINGTON, por el Prof. Jorge Lines.
- * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- * Los libros y los días: UN OASIS EN LA NOVELA ESPAÑOLA, por Ramón Sender.
- * CARTAS DE LUZ DEL ALBA.

San José, Costa Rica, 5 de setiembre de 1954. Nº 113

Además...

Ese Canalla de Simmons!

Por ARTHUR MORRISON



A infame conducta de Simmons para con su esposa es todavía motivo de profunda extrañeza entre los vecinos. Las otras mujeres lo habían considerado siempre un marido modelo, y además es cierto que la señora Simmons era una esposa a conciencia. Trabajaba y se esclavizaba por ese hombre —como cualquiera de las mujeres del barrio lo habría afirmado— mucho más de lo que un marido tendría derecho a esperar. ¡Y así era como le pagaba! Tal vez sería que Simmons se había vuelto súbitamente loco.

Antes de casarse con Simmons, la señora había sido viuda de Ford. Ford se había enganchado en un barco de carga, y el barco se había hundido con toda su tripulación; justo castigo, según temió la viuda, por largos años de contumacia que habían culminado con la perversidad de engancharse en un barco de carga como simple marinero, siendo él como era un mecánico muy capaz. Doce años de matrimonio con Ford la habían dejado sin hijos, y sin hijos siguió cuando se convirtió en la señora Simmons.

En cuanto a Simmons, se consideraba que había tenido suerte de encontrar esposa tan capaz. Era un carpintero razonablemente eficiente, y ebanista también, pero no era hombre de mundo. Y eso era lo que él quería ser. Nadie podría decir qué habría sido de Tommy Simmons si no hubiera tenido semejante esposa para cuidarlo. Era un hombre humilde y tranquilo, con cara juvenil y escasas y flojas barbas. No tenía vicios (hasta la pipa dejó cuando contrajo matrimonio), y la señora Simmons le había injertado algunas exóticas virtudes. Iba solemnemente a la capilla todos los domingos, debajo de una chistera, y depositaba en el platillo un penique, que su esposa le devolvía, a ese propósito, de su salario semanal. Después, bajo la supervisión de la señora de Simmons sacaba su mejor traje y lo cepillaba con solicitud y cuidado. Los sábados por la tarde limpiaba los cuchillos, los tenedores, los zapatos, las ollas y las ventanas, paciente y concienzudamente. Los martes por la noche, llevaba la ropa a lavar. Y los sábados por la noche acompañaba a la señora Simmons al mercado, para traerle los paquetes.

El inglés Arthur Morrison (n. 1863) disfrutó de gran popularidad a fines del Siglo XIX, y hoy, aunque no ha muerto, está casi completamente olvidado. Su obra más famosa es "Cuentos de las Calles Pobres" (1894) de donde tomamos la presente selección. De ese volumen ha dicho H. L. Mencken que revela "la interesante vida del extremo oriental de Londres, cloaca de Inglaterra y de la Cristiandad"; a pesar de esa opinión, "¡Ese canalla de Simmons!" es un cuento más bien alegre como verá quien leyere.

Las virtudes propias de la señora Simmons, eran congénitas y numerosas. Era una administradora estupenda. Cada penique de los treinta y seis o treinta y ocho chelines semanales de Tommy, era invertido en la mejor forma, y Tommy nunca se aventuró a adivinar qué proporción iba a la alcancía. La limpieza de su manejo de casa, era algo digno de ser presenciado. Esperaba a Simmons en la puerta de la casa cuando regresaba, y allí mismo cambiaba él sus zapatones por pantuflas, balanceándose con dificultad sobre

un pie y luego sobre el otro, en los fríos adoquines. Esto se debía a que ella lustraba bien los escalones y piso de entrada, en compañía de la familia del piso inferior, ya que la alfombra de la escalera le pertenecía. Vigilantemente observaba a su marido durante el proceso de limpieza que se guía inmediatamente, para que no hubiera posibilidad de manchas en las paredes; y si, a pesar de sus cuidados, aparecía por allí una mancha para contar el cuento, la señora Simmons se preocupaba de que ese hecho quedara bien gra-

bado en la memoria de su marido, y de manifestar con detalle todas las circunstancias de ese ingrato egoísmo. Al comienzo, ella lo acompañaba siempre a la tienda de trajes hechos, y había conseguido y pagado las ropas de su marido, por la sencilla razón de que los hombres son unos idiotas de los cuales los tenderos abusan como les da la gana. Pero luego encontró algo mejor: encontró un hombre que vendía retazos baratos en una esquina, y allí mismo concibió la idea de hacerlo ella misma la ropa a Simmons. La facultad de las decisiones rápidas era una de sus virtudes, y esa misma tarde inició la confección de un traje de paño a cuadros, muy escandaloso y trazado sobre uno de los más viejos que Simmons tenía. Todavía más: el domingo el traje estaba terminado, y Simmons, atónito ante la hazaña, fué metido dentro de él y llevado a la capilla antes de que pudiera recobrar el sentido. Las prendas no eran del todo confortables, según se dió cuenta; los pantalones le tallaban horriblemente en la espinilla, y colgaban flojos en los talones; y cuando se sentaba, lo había sobre una dolorosa selva de dobleces y puntadas. El cuello del chaleco le picaba sobre la nuca, y el del saco le molestaba de hombro a hombro, mientras que esta prenda, de la cintura para abajo, era como una enorme bolsa. Al fin, con el tiempo, se acostumbró a la incomodidad, pero no a las burlas de sus compañeros; porque, conforme la señora Simmons elaboraba trajes sucesivos, cada uno de ellos modelado sobre el anterior, los accidentes iniciales de su diseño, se convirtieron en rígidos principios, y se hicieron más audaces y más feamente pronunciados. Fué en vano que Simmons insinuara —como insinuó— que ella no debería trabajar tanto, que la sastre era dañina para la vista, y que había un nuevo sastre en las cercanías, que tabajaba muy barato, y al cual...

—Sí —respondió ella; eres muy considerado, digo yo, sentado ahí y mintiéndole a tu esposa, como si yo no pudiera leerle como un libro; mucho te importa que yo trabaje, mientras puedas darte gusto botando la plata como polvo en la calle, en un montón de sastres estafadores mientras yo aquí me doblo como esclava a economizar un penique, y estas son las gracias que me dan; cualquiera creería que te encuentras la plata en las



LAMPARA DE CATEDRAL

*La alta lámpara, la amante
lámpara,
tantea el pozo de la nave
en unos buceos de ansia,
quiere coger la tiniebla
y la tiniebla se le adensa
retrocede y se le hurta.*

*Parece el ave cazada
y la mitad de su vuelo
a la que atrapó la llama
que no la quema ni suelta,
ni la consiente que vaya
sorteando las columnas,
rasando los capiteles.*

*Corazón de Catedral,
ni enclavado ni soltado,
grave o ligero de aceite,
brazo ganoso o vencido,
sólo válido si alcanza
el flanco hendido de Cristo,
el ángulo de su boca.*

*La sustenta un pardo aceite
que cuando ya va a acabarse,
para que ella al fin descanse,
alguien sube, alguien provee
y devuelve todos sus ojos.*

*Vengo a ver cuando es de día
a la que no tiene día,*

*y de noche otra vez vengo
a la que no tiene noche.
¡Y cuando caigo a sus pies,
citas son, llantos, siseos,
su llamada de lo alto,
mi fracaso en unas losas;*

*Caigo a sus pies y la pierdo,
y corriendo al otro ángulo
de la nave, por fin logro
sus sangrientos lagrimales.
Entonces, loca, la rondo,
y me da al pecho y me inunda
su lampo de aceite y sangre.*

*Vendría de hogar saqueado
y con las ropas ardiendo,
como yo, y ha rebanado
pies, y memoria, y regresos.
Tambaleante en humareda,
ebria de dolor y amor,
desollada danzaría
hasta que ya fué aupada.*

*Desde el hondón de la nave,
oigo al Cristo prisionero,
que le dice: "Resta, dura.
Ni te duelas, ni te rindas,
y ningún relevo esperes".
Ella ni El tienen sueño,
tampoco muerte ni paraíso.*

GABRIELA MISTRAL.



tó. Yo no lo conozco.

—Entonces, si me permite la libertad, voy a presentarme, por decirlo así — y se tocó la gorra en un gesto de falsa humildad. Yo soy Bob Ford, —dijo— y vengo, como quien dice, del Reino de "venga a nos". Me hundí con el "Multán", y estado muerto y sano por cinco años. Ahora vengo a ver a mi esposa.

Durante este discurso, la quijada inferior de Tomás Simmons bajaba cada vez más. Al final, se pasó los dedos por el pelo, miró la alfombra, luego la luz, después la calle, y más tarde al visitante. Pero no encontró nada que decir.

—Vengo a ver a mi esposa —repite el hombre. De modo que ahora podemos hablar del asunto: de hombre a hombre.

Simmons cerró lentamente la boca, y le condujo arriba mecánicamente, con los dedos todavía entre el pelo. Gradualmente, la comprensión del estado de cosas fue penetrando su cerebro, y el diablillo se despertó otra vez. ¿Y si ese hombre fuera realmente Ford? ¿Y si viniera a reclamar su esposa? Pensó en los pantalones, en el servicio de té, en los cuchillos, en las ollas y en las ventanas.

En el pasillo, Ford le tomó del brazo y le preguntó en un murmullo ronco:

—¿Cuánto tardará en volver?

—Una hora más o menos —replicó Simmons, después de repetir mentalmente la pregunta. Y abrió la puerta de la sala.

—Ah —dijo Ford mirando alrededor—, están muy cómodos. Esas sillas y cosas —agregó señalándolas con la pipa— eran de ella... más, es decir, hablando claro y de hombre a hombre.

Se sentó chupando pensativamente la pipa, y luego:

—Bien —continuó— aquí estoy otra vez, el viejo Bob Ford, muerto y liquidado cuando se hundió el "Multán". Sólo que no estaba liquidado, ¿ve? —y apuntó con el tubo de su pipa al chaleco de Simmons. No estoy liquidado, ¿sabe por qué? Porque me recogió un barco alemán y me llevó a Frisco. Allí me divertí unos años y ahora —mirando duramente a Simmons— vine a ver a mi esposa.

—A ella... a ella no le gusta que fumen aquí —dijo Simmons descuidadamente.

—No, ya sé que no —contestó Ford quitándose la pipa de la boca. Yo la conozco. ¿Y usted cómo la encuentra? ¿Lo obliga a limpiar las ventanas?

—Bueno —admitió Simmons incómodo—, a veces... a veces la ayudo por supuesto.

—Ah! Y los cuchillos también, y le apuesto que las ollas. Yo lo sé. Pero... —se levantó y observó la cabeza de Simmons— Dios me ayude, que creo que también le corta el pelo... Cómo ha progresado estos años!

Inspeccionó al avergonzado Simmons desde varios puntos de observación. Luego cogió una pieza de los pantalones que colgaban tras la puerta.

—Apuesto cualquier cosa —dijo— a que ella hizo estos pantalones. Nadie los podría hacer así. Demonio, son peores que los que usted trae puestos.

El diablillo interior parecía ganar la discusión. Si este hombre se llevara otra vez a su esposa, tal vez sería él el que usara esos pantalones.

—Ah! —siguió Ford—, esta mujer no se corrige.

Simmons comenzó a darse cuenta de que aquello ya no le concernía. Claramente, este era el verdadero marido, y él estaba obligado por su honor, a reconocerlo. El diablillo se lo planteó como cuestión de deber.

—Bien —dijo Ford de pronto— el tiempo apremia y esta no es visita de negocios. No quiero caerle pesado, compañero. Yo debía defender mis derechos, pero viendo que usted es un joven de buenas intenciones, por decirlo así, y viendo que está ya acomodado, y viviendo aquí en paz y matrimonialmente, será mejor que —y dijo esto en un arranque de generosidad— que me haga el tonto y me vaya. Vamos, de hombre a hombre, ni más ni menos. Con cinco libras lo hace.

Simmons no tenía cinco libras —no tenía, ni cinco peniques—, y se lo dijo.

—Además, —agregó— nunca me interpondría entre un marido y una mujer. Bajo ningún concepto. Será duro para mí, pero es mi deber. El que se va soy yo.

—No —dijo Ford agarrando con fuerza a Simmons por el brazo. No haga eso. Se lo dejo más barato. Digamos tres... vamos, es razonable, ¿no? Tres libras no son mucho porque yo me vaya siempre... en busca de las tormentas, como quien dice... y sin volver a ver a mi esposa ni para bien ni para mal. Aquí de hombre a hombre... tres libras y me esfumo. Es justo, ¿no?

—Claro que es justo —replicó efusivamente Simmons. Es más que justo; es noble. Pero yo no voy a aprovecharme de su buen corazón, Mr. Ford. Ella es la esposa suya, y yo no me voy a meter entre ustedes dos. Le pido perdón. Quédese y haga uso de sus legítimos derechos. El que tiene que esfumarse soy yo, y lo haré.

Y diciendo esto, dió un paso hacia la puerta.

—Un momento —declaró Ford, y se interpuso entre Simmons y la puerta; no hay que apresurarse. Piense en lo duro que va a ser para usted no tener hogar donde ir, ni nadie que lo cuide, ni nada de eso. Será espantoso. Digamos un par de libras... y no peleemos más; una libra, de hombre a hombre. Hacerse de una libra no es difícil... por ese reloj se la dan. Una libra y me... .

Se oyeron dos golpes en la puerta de calle. En ese barrio, dos golpes en la puerta son para los vecinos de arriba.

—¿Quién es? —le preguntó Bob Ford a Simmons con aprensión.

—Voy a ver —dijo Simmons, y salió corriendo hacia la escalera.

Bob Ford lo oyó abrir la puerta. Entonces se dirigió a la ventana, y a sus pies pudo observar un sombrero femenino que entraba, y desde el umbral cayó sobre él el sonido de una voz muy recordada.

—A dónde vas sin sombrero? —preguntaba la voz en forma cantante.

—Nada importa... hay... hay alguien arriba que quiere verte —contestó Simmons.

Y Bob Ford vio a un hombre que cogía calle abajo perdiéndose en el crepúsculo. Y he ahí que era Tomás Simmons.

En tres zancadas alcanzó Ford la escalera. La mujer estaba aún en la puerta, viendo a Simmons desaparecer. Ford se metió por una sala, abrió una ventana, se lanzó por ella a un patio inferior, saltó una tapia, y se perdió en la oscuridad. Ni un alma viviente lo vió.

Y como ni un alma viviente lo vió la infame fuga de Simmons —en las propias barbas, por decirlo así, de su mujer— es todavía motivo de asombro para el vecindario.

JUAN LARREA Y EL NUEVO MUNDO

Por RAFAEL PINEDA



L tan traído y lle-
vado concepto q'
afirma que Amé-
rica es la espe-
ranza del nue-
vo mundo tras-
cendiendo su apa-
riencia de simple

especulación más de la filosofía op-
timista de pueblos jóvenes, y sopor-
ta el juicio de pensadores como
Juan Larrea, quien, después de an-
alizar las circunstancias que
concurrían en su formulación, ha
terminado por elevarlo a la cate-
goría de valor absoluto.

—En efecto —me dijo el gran
escritor español—, América ofre-
ce la ventaja de tener todos los
beneficios de la cultura del Viejo
Mundo, pero sin su peso muerto.
Quiere decir que así como Europa
está vuelta hacia el pasado, Amé-
rica está vuelta espontáneamente
hacia el porvenir.

Años de profunda reflexión y
experiencia, tantos como la mitad
de su vida, ya en la cincuentena,
le ha tomado a Larrea la empresa
de aprehender la realidad ameri-
cana para oponerla a la decadencia
de Europa que él da por desconta-
do. A la larga, cuando ya hubo a-
cumulado suficiente evidencia co-
mo para enunciar un orden teó-
rico, el hombre encogido y reco-
leto por naturaleza que es el au-
tor de "Rendición del Espíritu",
"El Surrealismo entre el Viejo y
Nuevo Mundo" y "Guernica, Pi-
casso", reforzó su encierro, y en
esa suerte de aislamiento religioso
aumentó la palidez jesuítica de su
rostro y se le secó más la piel so-
bre el hueso en las interminables
noches en vela.

Así, con la recelosa mirada del
eremita sorprendido por el curioso
impertinente, trajectado con la des-
colorida estameña del que no fre-
cuenta otros ambientes que el del
cuarto de estudio y el de la biblio-
teca, impersonal en el saludo, en-
tregado completamente a lo suyo,
me recibió el escritor en la recién-
te visita que le hice en su aparta-
miento en New York, en un edifi-
cio de la calle 205. Apenas suce-
dió un preámbulo. Me informó que
hace años, primero becado por la
Fundación Guggenheim y ahora
por la Fundación Bollingen, está

escribiendo una historia de la cul-
tura universal en varios tomos.
Cierta desarraigo del hecho coti-
diano en España lo explicó como
resultado de una expatriación vo-
luntaria que data de 1926. Enu-
meró su itinerario desde entonces:
de 1930 a 1931: Perú. Durante la
guerra española: París. De 1939 a
1949: México. Luego: New York,
el claustro, la perfecta vida ascé-
tica, la tiranía gozada y sufrida
del pensamiento en su plenitud.
Y, con voz pausada de castizos sil-
bidos, mirando hacia el techo unas
veces, en el vacío en otras, rígida
la mano en el giro, el escritor en-
tró en materia, a la consideración
de lo que provocó su salida de un
mundo en postrimerías donde ya
no tenía aire suficiente para res-
pirar, del hallazgo de América y
del renacimiento que este hecho
significó para su espíritu.

—Europa nos ofreció a los de
nuestra generación la contradic-
ción que resultaba al querer apli-
car los planteamientos teóricos a
la realidad. Esencialmente, a mi
modo de ver, se trató de algo in-
herente a la historia occidental, y
que viene en cierto modo desarro-
llándose desde hace muchos si-
glos. Pero la proyección de Amé-
rica en Europa tampoco es nueva.
No hay más que recordar la ané-
dota del Padre de Las Casas. Cuan-
do llegó a un pueblo de Castilla
buscando gente que quisiera ve-
nir al Nuevo Mundo, encontró un
viejecito que le rogó traerlo. "¿Y
por qué quieres irte?", le preguntó
el misionero. "Porque quiero de-
jarle a mis hijos una tierra de li-
bertad", fué su respuesta.

Esta idea del Nuevo Mundo, se-
gún Larrea, ha sido para la men-
te occidental tan necesaria que ya
había sido prevista varias veces,
como una mujer podría prever la
existencia del varón.

—Hoy —dijo— ha entrado en
una circunstancia histórica muy
aguda que ha dado como conse-
cuencia que el poder que mantie-
nia Europa sobre el mundo haya
sufrido un grave descalabro.

—¿Y en qué forma esa ruptura
ha afectado el poder de creación?

—Ha sufrido un enorme que-
branto —contestó el escritor—. A
esto se agrega el hecho del mucho
lastre que sigue ejerciendo su in-
fluencia. Las vidas están pegadas

a un mundo medieval que, aunque
ha sufrido grandes transformacio-
nes, tiene todavía las raíces muy
vivas, muy fuertes.

—¿Cómo juzga usted a América
en porte o en conjunto?

Larrea dijo que hablaba de Amé-
rica como un todo.

—Desde el momento en que se
parte América ya no hay Nuevo
Mundo en relación al mito occi-
dental que lo afirma. Aunque cho-
que a muchos hispanoamericanos,
yo creo que la experiencia norte-
americana forma parte de ese des-
tino del Nuevo Mundo. De tal ma-
nera que es inseparable, lo cual no
quiere decir que el ideal sea el es-
tado actual, sino potencia, preli-
minares.

La función rectora que Larrea
le asigna a Hispano-América, co-
mo él prefiere llamarla, no se com-
padece con la crisis que, en su
opinión atraviesa el pensamiento
continental.

—Los ancestros, los padres de
los padres —¿Cómo los llaman us-
tedes?—, tenían un mundo en
cierto modo a su medida, y eran
capaces de enfrentarlo y dominar-
lo. Pero dada la desproporción de
las fuerzas que se han desarrolla-
do en los últimos tiempos, yo creo
que el escritor se encuentra espon-
táneamente atemorizado, despro-
porcionado al problema. Su con-
ciencia no está capacitada para en-
frentarse a estos problemas tan
tremendos, y, como consecuencia,
teme enfrentarse a ellos. Enton-
ces el escritor se desparrama, se
pierde en otras cosas como el jue-
go político o el ejercicio de una
literatura estilística; pero los
grandes problemas creadores han
quedado en cierto modo apartados.
Para mí es muy característico que
la personalidad que estimo más
creadora, Rubén Darío, hoy ha si-
do puesta de lado. No se compren-
de su parte profética, medular, si-
no la parte estilística y circuns-
tancial de su obra. Darío está a
tono con Blake, Whitman, con los
grandes poetas que han existido,
y su problema era un problema
de América. Por eso su pensa-
miento hizo crisis en un momen-
to determinado para integrarse al
continente. Y desde entonces, co-
mo consecuencia, se le estima mu-
cho menos.

—¿Cómo influye el materialis-
mo en esa crisis del pensamiento
que usted señala, señor Larrea?

—En una forma muy aguda. El
hispanoamericano en sí no es ma-
terialista. Es un hombre llevado
por los valores emocionales, sin
que eso quiera decir que descarta
la materialidad. Pero hoy quie-
nes llevan la voz cantante son gen-
te que presumen de materialistas,
que quieren restringir los valores
generales al puro materialismo.

Como consecuencia, Hispano-Amé-
rica no ha dado lo que tiene
que dar. Hoy por hoy no tiene cli-
ma favorable a su desarrollo es-
piritual. Pero el hecho de que es-
to ocurra en el momento no sig-
nifica que la historia no sigue tra-
bajando. Hay muchos síntomas
para pensar que se nos viene, es-
tá ya viniendo encima una época
de espiritualidad.

Le pregunté si no consideraba
que Neruda tenía tanta o más im-
portancia, en un estricto sentido
americano, que la que pudo tener
Darío. Larrea, por primera vez,
rió con risa hueca, apagada, y se
acogió a la incondicionalidad del
rodeo anecdótico.

—En primer lugar, pienso que

Neruda es un gran poeta. Según
él mismo me dijo, yo fui la pri-
mera persona que le publicó un
poema en Europa, que lo descu-
brió, podríamos decir, en 1916.
Desde entonces para acá ha he-
cho muchas cosas que parecen
buenas, y otras que no parecen
tanto.

—¿Por ejemplo?

Larrea dijo que la sumisión que
ha hecho Neruda a la propaganda
política va en desmedro de su o-
bra.

—Es una prueba manifiesta de
impotencia poética —añadió. Muy
de acuerdo, por otra parte, con
su repudio de toda su obra ante-
rior. Creo que sin saber. Neruda
ha dicho cosas importantes en o-
tro plano que él mismo no se ima-
gina. Es decir, su subconsciente es
muy fuerte.

—¿Hasta qué punto es válida esa
preponderancia que usted le da a
Darío sobre la obra de Neruda?

—Darío es el entusiasmo, el im-
petu —dijo Larrea. Neruda es el
pesimismo, lo purulento. Son anti-
tesis. En el plano poético podría
afirmarse que Darío es la tesis, la
afirmación de un destino, ameri-
cano, y Neruda es la antítesis—él
ha dicho muchas veces que es una
fuerza subterránea—, y ambos es-
tán apuntando a una síntesis.

—Entonces usted cree que la
influencia de Neruda en América
es negativa?

—Neruda es el calificativo poé-
tico de América —dijo. Está re-
moviendo ese gran fondo de poe-
sía que hay en todo lo america-
no. El ha congregado en torno su-
yo una serie de valores que están
dando el testimonio de los pueblos
hispanoamericanos de que el por-
venir americano es un porvenir
poético.

—¿Se refiere usted a un desti-
no literario o a un destino de crea-
ción en la realidad?

—Quiero decir que la vida en-
tera se puede trascender con sen-
tido colectivo poético. En este ca-
so el aspecto literario no sería
más que una fase de esa otra si-
tuación global que es la capacidad
creadora, y la intención. Por eso
es que hoy América del Sur, por
no poder hacer otra cosa, está li-
mitada a escribir poesía. Esto es
testimonio directo, pero no resuel-
ve ninguno de los problemas. A
mi juicio llegará un día en que las
gentes proyecten ese espíritu poé-
tico en todas sus actividades, que
traten de dar sentido creador a la
vida.

Larrea dijo que esa proyección
del espíritu poético tropieza en el
presente con la falta de instru-
mentos necesarios.

—Hay que tener posibilidades
materiales, laboratorios, bibliote-
cas. Entonces la gente de Lima,
Caracas, México, se darán cuenta
de lo que está pasando cultural-
mente en el mundo. Esa gente no
puede internarse en el movimiento
cultural como un todo, a no ser
que se expatrien. Yo para mí ten-
go que uno de los grandes pro-
blemas de Hispano-América es su
carencia de instrumentos cultura-
les. Es preciso que un gran tra-
umatismo despierte a la gente. Creo
que eso se aproxima.

Ofrecemos esta Semana

los siguientes

LIBROS de INTERES

a precios especiales

Ediciones económicas en los Grandes Libros

J. Eustasio Rivera. La Vorágine	¢ 1.75
Balmes. El Criterio	¢ 3.00
Platón. Diálogos	¢ 2.00
Milton. El Paraíso Perdido	¢ 2.50
Maquiavelo. El Príncipe	¢ 3.00
La Bruyere. Los Caracteres	¢ 1.50
Erasmus de Rotterdam. Elogio de la Locura	¢ 2.50

Más se conquista con los libros que con las armas.—
PETRARCA

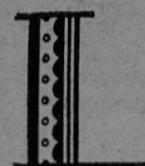
LIBRERIA LOPEZ

Teléfono 3345 — Frente Hotel Costa Rica



EL PROCESO DE LA LITERATURA FEMENINA HISPANOAMERICANA

Por SUSANA REDONDO.



A literatura femenina en Hispanoamérica ha seguido la misma evolución que la de otros continentes: desde

la represión en la expresión ocultando el nombre bajo un seudónimo, por considerarse menoscabo el que la mujer se expresara públicamente, hasta la expresión libre, de los últimos tiempos, en que la mujer no sólo expresa sin ambages sus ideas, sino que hace de la pluma un medio para ganarse la subsistencia.

Todo escritor forma su pensamiento al calor de las creencias, costumbres y tradiciones que condicionan su vida, y este pensamiento se convierte en expresión y revelación de su momento y de su tierra; es la voz de su medio la que habla por sus escritos. Así la expresión femenina ha estado siempre de acuerdo con su medio y las oportunidades educativas que se le hayan proporcionado. No es de extrañar, pues, que el movimiento literario femenino durante la colonia fuera muy escaso y reducido a una minoría de la clase social privilegiada, que la instrucción a la mujer no era fruto que se prodigara. En los primeros tiempos de la colonia la mujer ni escribió ni fue inspiradora de obras literarias. Los conquistadores, imbuidos en su afán de conquista y maravillados ante las tierras que sojuzgaban, describieron en sus obras épicas luchas, aventuras, los aborígenes y sus costumbres. La mujer, cuyo papel debía quedar reducido a ser sólo inspiración, numen y fuerza de la producción literaria, no logró ese homenaje y se limitó a seguir la corriente de la época que le tocó vivir. La primera manifestación de escritura femenina florece a principios del siglo XVII en el Perú, en la que podemos llamar precursora, en aquella legendaria "Amarilis", cuya figura el lector engrandece, no sólo por sus indiscutibles méritos como rimadora, sino también por estar rodeado su seudónimo por esa aureola de misterio que siempre da el incógnito y por aparecer como figura señera en medio de una producción seca y artificiosa como fue la producción poética del Perú de su tiempo. La excelencia de su *Silva* a Lope de Vega hizo que se dudara que hubiese sido escrita por una mujer. En ella se muestra como índice y distintivo de lo que sería la literatura femenina en Hispanoamérica: encendidas estrofas en que cada palabra palpita de emoción sincera y en las que se satisface escribiendo como mujer, sin querer emular al hombre. Celebra Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* a otra poetisa sobre la cual hay cierta confusión, pues no sabemos si es la misma "Amarilis" a quien contestó en la epístola de *Belardo a Amarilis* en 1621, o es otra dama, no del Perú, sino de Bogotá, pues Lope de Vega la llama "fénix rara" de Santa Fe de Bogotá. No son estas figuras anónimas las únicas que se manifiestan en el siglo XVII; hay otras, como doña Jerónima de Velasco, de Quito, también muy celebrada por Lope de Vega; pero de casi todas se encubre el nombre "por respeto", pues a los ojos de la sociedad de la época eran "pedantes insufribles".

Al correr del siglo XVII se comienza a gozar plenamente del

fruto de los penosos y agónicos años de lucha del siglo anterior. La sociedad sigue el patrón de vida de la Metrópoli, y como es lógico, la actividad literaria es eco del gongorismo predominante en España. Este gongorismo, acentuado en América por la exuberancia del paisaje, la abundancia de los bienes materiales y la proverbial agudeza de ingenio del criollo, dió lugar a una literatura en extremo recargada, conceptuosa y deliberadamente artificial, arrastrando en su vorágine a muchos claros ingenios de la época. No así a Sor Juana Inés de la Cruz, la monja mexicana, asombro de su tiempo por lo variado y enciclopédico de sus conocimientos y cuyo nombre llena la historia literaria del siglo XVII. Escribió algunas poesías culteranas —que era hija de su época y no podía sustraerse a ella, o quizá para demostrar que su poesía podía ser abstracta como la del que más—, pero sus villancicos, romances, estrofas satíricas, y en general, toda su obra lírica, es de una belleza y delicadeza admirables, especialmente en una mujer que además se preocupaba por las ciencias y le gustaba observar para después deducir leyes de la naturaleza.

Entre el siglo XVII y XVIII el único nombre digno de mención es el de Francisca Castillo y Guevara, "la madre Castillo", abadesa de Tunja, Colombia, que al igual que Santa Teresa, es decir, por mandato de su confesor, escribió su *Vida* y ese maravilloso libro de profunda influencia bíblica: *Afectos Espirituales*. En estos libros se pone de relieve una vez más, con soltura y sencillez, un alma femenina cuya profunda sinceridad la lleva muy cerca de la mística y hace de ella la mayor prosista de nuestra literatura colonial.

Así como en el siglo XVII el boato, artificio y recargamiento de la literatura gongorina se exageró en América, así también la decadencia de la literatura colonial fue más profunda que en la Metrópoli. Si el gongorismo fue el falso oropel con que se quiso cubrir la realidad en una sociedad que se llenaba de palabras altisonantes y desmedido lujo en los salones, así el siglo XVIII sería un período de calma aparente incubador de grandes tempestades que conmoverían a América en todos sus sectores. Las ideas de filósofos franceses, que llegaban subrepticamente a América, y el ejemplo de la democracia triunfante de la América del Norte influyeron para que a fines del siglo XVIII se viviera un racionalismo sistematizador, de curiosidad científica, de negación de los viejos valores de la cultura. La literatura de la época se impregnó de un gran dinamismo cultural; el escritor es también sus ideas en *Gacetas* más o menos clandestinas aspirando a convertir sus ideas en hechos y viajó por otros en busca de nuevas culturas. El régimen colonial se resquebrajaba a fuer de marcar las divisiones entre criollos y españoles, y las nuevas ideas hallaron campo abonado para su fructificación afectando el pensamiento y lógicamente la literatura de la época. La sátira y el comentario corrosivo que preceden a todo cambio social aparecen en América también, pero no hallan eco en la mujer, cuya visión del mundo había sido muy restringida y así no acertó a expresar sus pensamientos en un medio que pregonaba la igualdad y la libertad individual y le negaba a ella el

simple derecho a la instrucción y la expresión.

Ya en el siglo XIX la mujer se siente con derechos que ha ganado a través de su heroica ayuda en las guerras de Independencia. Su participación activa en las luchas por la libertad le ha dado una clara visión del mundo en que se mueve y la ha colocado dentro del romanticismo, que con su exaltación sentimental se adapta más a la modalidad femenina, demostrando que es maestra en todas las formas de literatura subjetiva. Las corrientes literarias de la primera mitad del siglo XIX, en cierto modo antípodas, clasicismo y romanticismo, imprimen vacilaciones en el estilo y así se hallan estas vacilaciones hermanadas en Gertrudis Gómez de Avellaneda, sin duda el más bello exponente de lírica femenina del romanticismo. Nacida a la vida del arte en las postrimerías del artificioso clasicismo y en la aurora del romanticismo, es forzoso que participe de estas dos tendencias. Clásica por algunas cualidades de forma, pero completamente romántica por su fogosa inspiración y por su temperamento apasionado, expresado especialmente en sus poesías. Cuba fue su patria y de ella habla apasionadamente en sus versos y sobre todo en sus *Leyendas* tan poco conocidas, en las que escribe con gran amor sobre las tradiciones de su patria, y que si no lo expresa con el apasionado fuego de su compatriota José María Heredia, lo hace con una dulce nostalgia por las cosas amadas y lejanas.

Esta poesía del romanticismo produce grandes figuras como indudablemente lo es la de Gertrudis Gómez de Avellaneda, que también escribe novela y teatro, pero produce también una gran cantidad de poesía de tono menor, aunque de un profundo lirismo en que no predomina la idea, pero que la palabra es magia que lleva a la emoción. Y este tono romántico será tónica que vista la producción literaria femenina, adorno del que pocas logran desprenderse. En unas será su canto maravilloso y dulce tristeza, en otras tendrá un tono culto y moralista, en otras tendrá la desesperada angustia de lo imposible, pero en todas se hallará la sinceridad, la exaltación de la pasión romántica y la destreza para expresarlas.

Generalmente la expresión femenina tenía como vehículo adecuado la poesía. Como literatura incipiente no estaban representados todos los géneros y es necesario llegar a la segunda mitad del siglo XIX para poder decir que la mujer entra en el dominio de



las letras hispanoamericanas. Pocas habían escrito en prosa antes del siglo XIX y constituyen casos aislados: Sor Juana Inés de la Cruz, la madre Castillo Josefina Acevedo de Gómez, de Colombia. Es en el siglo XIX cuando la prosa surge de pluma de mujer. Es prosa que se recrea de pluma de mujer. Es prosa que se recrea en el pasado, bien en el pasado patrio, tan cercano, aún, o en el pasado inspirador del romanticismo, que de ambas tendencias participan las novelas históricas y cuadros de costumbres de la colombiana Soledad Acosta de Samper. Pero no es en la novela histórica en donde más se destaca la mujer: los acontecimientos narrados están demasiado cercanos al protagonista, no tienen luz de perspectiva y los hechos no aparecen con contornos claros, defecto notable en casi todas las novelas históricas hispanoamericanas. Realidad social es la tónica de la novela hispanoamericana; desde su origen en *El Periquillo Sarmiento*, la novela ha sido y es vehículo y portavoz en la descripción y juicio del sistema social. El fin de la novela, más que crear personajes, ha tendido a reivindicar al individuo, sea cual fuere su raza y posición dentro del sistema social que denuncia y condena. A esta tendencia no podía sustraerse la mujer, y el anarquismo que siguió a la Independencia la encuentra, no participando en los motines de las incipientes repúblicas, sino como espectadora que anota y observa. En el Perú, Mercedes Cabello de Carbonera denuncia valientemente, en un medio no sólo hostil, sino hasta agresivo, su anhelo de perfección en el sistema social. La obra de Mercedes Cabello de Carbonera tiene el indiscutible mérito, no sólo de ser analizado estudio de la descomposición de las clases altas, sino que es denuncia sin ser libelo virulento, ya que su autora tenía un alto sentido de la literatura, cuya función primordial debía ser la de colaborar con la obra social para el mejoramiento del bienestar colectivo. Fue naturalista sin llegar nunca a las crudezas del naturalismo, pues en su afán de crítica social eran más importantes las pasiones que los actos mismos. Era realista a la manera de Balzac y sin desprenderse del todo del romanticismo.

Se ha dicho que la mujer no señala caminos en la literatura, que se limita a seguir los ya trazados. La misma Flora Tristán, inquietud de insatisfecha perenne, repetía en 1875, en los salones de otra gran novelista, María Gornati, que "El hombre ha nacido para crear; la mujer para perfeccionar y descubrir, en las cosas creadas ya, otros matices, otras bellezas que él no ha podido conocer." No siempre es esto cierto; en ese mismo Perú, Clorinda Matto de Turner abre un nuevo camino a la novela hispanoamericana cuando escribe *Aves sin nido*. Desde el siglo XVIII predominaba el antiespañolismo, se volvía la vista al pasado porque en él había algo que vindicar, errores que enmendar, y el indio vuelve a atraer al escritor como lo había hecho desde los primeros tiempos coloniales. Las corrientes románticas que traen a América las novelas de Scott y sobre todo *Atala* de Chateaubriand, hacen surgir las novelas indianistas, en las que los indios, por lo regular mestizos, son tratados a la manera romántica, teniendo como fondo las selvas idílicas de *Atala*. Clorinda Mat

to de Turner fué la primera en expresar el contenido ideológico de su generación, influida por la escuela positivista en filosofía y su escuela literaria del realismo y el naturalismo, y más que nada por su sensibilidad femenina. Escribió lo que vió y sintió ante la opresión y la injusticia con que el blanco trataba al indio, lo denunció en *Aves sin nido*, abriendo así un nuevo camino a la novela hispanoamericana: la novela indigenista, que tantos seguidores ha tenido y que tantas formas ha ido adoptando hasta llegar a hacer de esta novela indigenista uno de los más firmes baluartes de la literatura hispanoamericana.

A fines del siglo XIX Hispanoamérica se había convertido quizá en el continente más cosmopolita del mundo. Las influencias extranjeras llegaban en abundancia a sus playas, que eran puertos abiertos a todas las innovaciones y que encontraban eco en el inquieto y alerta pensamiento de sus hijos. Con esa facilidad de expresión, asimilación y selección que siempre se le ha reconocido al criollo, retuvo éste lo mejor de la cultura extranjera, que incorporó a los valores autóctonos que se habían sublimado después de la Independencia, surgiendo así el modernismo, vale decir, la renovación amplia y profunda de los viejos valores culturales que vistiendo nuevas galas dan a la expresión castiza un nuevo brío y una mayor armonía.

Durante el modernismo, las pocas mujeres que escriben lo hacen sobre los temas convencionales de la patria, el hogar y los hijos, siguiendo los viejos moldes del romanticismo. En el siglo XX, después de apagado el resplandor de llama que levantó el modernismo, ya más acallado su tono brillante, la mujer se decide a dejar oír su voz de nuevo. Unas tienen el tono callado, dulce y sentimental, con una expresión muy suya y al mismo tiempo muy tradicional; no pertenecen ni al romanticismo ni al modernismo, como la mexicana María Enriqueta Camarillo de Pereyra; otras se rebelan contra las barreras que aún las cercan y oprimen como garras de acero, se debaten en ellas, pero sus intentos son débiles y las garras que las oprimen pueden más que ellas, terminando por sucumbir, heridas por los mismos hierros que quisieron romper. Tal es el caso de la uruguaya María Eugenia Vaz Ferreira. En Delmira Agustini, uruguaya también, encuentra la poesía femenina su más libre expresión. En lengua castellana es la primera mujer que osa poner su alma al desnudo con todos sus anhelos, con todos sus deseos. Su trágica y misteriosa muerte fué digno corolario a sus versos de amor, de deseos, de muerte. Soñar fue su vida, soñar con el amor, que por haberlo soñado intangible, no alcanzó a encontrar jamás. En Gabriela Mistral la angustia del amor frustrado se vislumbra lo mismo en *Desolación* que en *Tala*, pero es serena, de desolación íntima que no se muestra apasionante y sensual, sino resignada, hecha a todos los vientos y tempestades. Los versos de Alfonsina Storrá cantan el amor sin falso rubor y son interpretación de lo que es la vida de las grandes ciudades para la salmas sensitivas: soledad, indiferencia, almas uníformes y monótonas; interminable vulgaridad. La ciudad la sentía como caverna que apresaba su espíritu, la muerte era espacio y el mar era la pampa verde que la atraía con su infinita vastedad y a él fué, en sus aguas hundió su vi-

da atormentada. Naturaleza y amor están hermanados en la poesía de Juana de Ibarbourou, del Uruguay. Poesía fresca, olorosa a rosas y tomillos, rezumando el gozo de vivir en un alma que no ha conocido las luchas en que se debatieron sus antecesoras.

La poesía del siglo XX sigue en continua evolución. A la angustia y exaltación que es nota dominante del postmodernismo, sucede la emoción social que es escuela natural de la evolución social operada en el continente, especialmente en lo que se refiere a la liberación política y hasta pudiéramos decir sentimental de la mujer. Pero esta emoción social tiene una sensibilidad que oscila entre el tema íntimo y el social, siempre con algunos rasgos románticos, como en la peruana Magda del Portal. No hay sentido de humor en la poesía femenina; se le encuentra solamente en la cubana María del Villar Buceta, q' ha logrado su propia originalidad sin seguir los trillados caminos del amor y los desengaños. La exaltación de las poetisas uruguayas se encuentra más atenuada en la nueva generación, aunque sin perder su ardor apasionado, como en Luisa Luisi, Esther Cáceres y Sarah Bollo. También la poesía típicamente filosófica y conceptual, que tiene la angustia como motivo, encuentra cultivadoras en las argentinas María Villarino, María Alicia Domínguez y Margarita Abello Caprile. La poesía de nacionalismo alerta, de suspicacia ante la influencia norteamericana encuentra su expresión en la panameña Nicole Garay. En las Antillas sigue predominando la poesía lírica, sin referencias reales, con una absoluta originalidad y finura emotiva, poesía de esencias como ha sido siempre la poesía de Cuba, —posición bien definida dentro de la lírica de todos los tiempos— Puerto Rico y Santo Domingo. En general la poesía contemporánea es más serena, sin los desgarramientos angustiosos de las precursoras, pero siempre encontrando la expresión justa por el camino del lirismo.

Es imposible anotar todas y cada una de las valiosas aportaciones femeninas a la literatura contemporánea en sus diversos géneros. Sería catálogo interminable el mencionarlas a todas. En el teatro la mujer va adquiriendo habilidad en la técnica y el desarrollo escénico; desde los logrados intentos de Gertrudis Gómez de Avellaneda en el siglo XIX hasta la contemporánea Magdalena Petit con su loable esfuerzo por crear un teatro chileno. La literatura pedagógica forma también un bello capítulo en la literatura femenina con estudios valiosos expresados en elegante prosa, que quienes la cultivan son, además de pedagogas, poetisas, novelistas o ensayistas: Luisa Luisi ya mencionada como poetisa; Amanda Labarca, de Chile, de juicio claro y sereno; Mercedes García Tuduri, fina pedagoga y admirable poetisa de profundas inquietudes filosóficas. El cuento, arte difícil de síntesis y acción, tiene su desarrollo en América en el siglo XX. Participa de todos los temas. Quizá el más trabajado sea el folklórico, como en la cubana Lydia Cabrera, o los impregnados de americanismo de Carmen Lyra, de Costa Rica, y también los de la colombiana Elisa Mujica.

En la novela contemporánea es en donde se halla mayor diversidad, tanto de temas como de expresión. *Ifigenia*, de la venezolana Teresa de la Parra, es novela artística y psicológica. Escribió con fino humor sobre la tragedia social de la mujer, pintando ese mun-

EL DULCE NOMBRE

Por Gonzalo Chacón Trejos

La procesión anual de la imagen del Dulce Nombre de Jesús es exclusiva mente josefina y de la parroquia del Carmen. Sobre las andas, la imagen del Niño, vestido con rica batita morada orlada con flecos de oro, cortas la falda y las mangas, dejan desnudos los bracitos y piernas rollizos. En una manita sostiene una cruz de madera dorada; un resplandor de rayos de oro ilumina la frente purísima sobre los ojos de celestial dulzura en que parece brillar, con suave fulgor, la amorosa luz de una estrella. José y María con ricos mantos y joyas le siguen; una banda de música, a la voz de un sacerdote con roquete de encaje, entona una "Salve Regina" con las notas de un ingenuo y sentimental villancico. Toda clase de gentes sigue la procesión que es esperada por los fieles vecinos con altares improvisados en las ventanas, en las puertas y aún en las aceras; altares en que lucen las más frescas flores, jarrones vistosos, candelabros, sedas, damascos y raras alfombras. El altar del rico es suntuoso y brillante; el del pobre es humilde y sencillo. El Niño Divino en todos esos altares se detiene a derramar, con la gracia serena de sus ojos de estre-

lla, salud, ilusión, esperanza y consuelo...

Esa devoción es un voto eterno que los josefinos hicieron cuando, después de la guerra de 1856, la peste del "cólera morbus" diezaba la población, la cual, enloquecida de espanto por la peste mortífera, rogó al Dulce Nombre, con fe ardiente y delirante esperanza, que pusiera fin a tan horrenda calamidad. La primera procesión topó en su camino, por las tristes y desoladas calles, las carretas cargadas de muertos, y las primeras salves fueron coreadas por los ayes de los moribundos, al lúgubre son de las campanas que tocaban a muerto, entre lamentos, desesperación y lágrimas. El misterio tremendo de la propagación de la peste espantaba a los más valerosos. El bacilo del cólera y las serovacunas eran desconocidos entonces. Y cuenta la tradición que el Dulce Nombre ahuyentó la peste con sólo el suave mirar de sus ojos divinos. A su paso sanaba el enfermo, consolábase el triste, volvía la esperanza al afligido y curaban los males del cuerpo y del alma.

¿Quién recuerda hoy la peste ni la angustia de nuestros abuelos? Además, el tiempo, en su fuga loca, nos roba las ilusiones, la devoción y la fe. Antaño, la procesión era lenta y solemne; oficiaban en los suntuosos altares floridos, sacerdotes revestidos; los acólitos agitaban, reverentes, los incensarios de plata entre nubes de incienso. Hogaño, la procesión del Dulce Nombre es una carrera desahogada tras de las salves que se cobran en buen dinero. Antaño, la lluvia detenía la procesión, y las imágenes eran refugiadas en las casas, cuyos dueños se disputaban la dicha de albergarlas. Hogaño, el Dulce Nombre, modernizado, andariego y comercial, se apresura ansioso por las calles enlodadas, bajo la lluvia, cubierto con gorro e impermeable de hule, como un lindo escolar.

Pero como la reputación del Dulce Nombre está sólidamente sentada, los josefinos, y especialmente las josefinas, a pesar del gorro de hule y del impermeable, le rezan con fervido amor pidiéndole esas mil cosas que suele pedirse a quien dar nada cuesta.

Además, en caso de "cólera morbus" preferirán llamar al médico, y en lugar de salves se aplicarán suero anticolérico. Pero con todo y eso, hogaño lo mismo que antaño, el Dulce Nombre seguirá esparciendo a su paso, entre música, flores y salves, la suave dulzura de sus ojos de estrella, y ante él huirán la tristeza, el dolor y la muerte...

¡La fe hace milagros!

do de anhelos, desilusiones y fracasos de la mujer hispanoamericana de su tiempo, de vida controlada por las tradiciones y convencionalismos. En el terreno de la psicología infantil es difícil que encuentre rival en sus *Memorias de Mamá Blanca*, deliciosos cuadros de recuerdos infantiles. Venezolana como Teresa de la Parra es Antonia Palacios, que también escribe una novela: *Ana Isabel*. —Una niña decente—, que es otro cuadro sutil de psicología infantil. María Luisa Bombal, de Chile, en sus novelas *La última niebla* y *La amortajada* llega a una gran originalidad propia. Su estilo es sumamente impresionista; crea seres y situaciones que se apartan de lo habitual y cotidiano. En *La amortajada*, los pensamientos subjetivos respecto a la muerte nacen de una realidad psíquica nutrida de pasiones, de sueños, de los cuales se despoja la protagonista sólo para cambiarlos por otros de paz, de desprendimiento absoluto de las pasiones humanas para llegar a una completa identificación con la naturaleza. *Humo hacia el Sur*, *Montaña adentro* y *Bestia dañina*, novelas de la también chilena Marta Brunet, son, por lo contrario, objetivas, de fondo rural, realistas y dramáticas, con escenas pintorescas de costumbres regionales y un mucho de preocupación social.

Esta preocupación social es la tónica de la novela hispanoamericana del presente siglo, especialmente en las novelistas mexicanas, tan vinculadas a su suelo. Expresan el problema sociológico, pero todas, sea cual fuere su nacionalidad, lo expresan con originalidad propia. Sentimentales, trágicas, románticas o realistas, todas le dan vida al ambiente que crean, porque lo pintan con la sinceridad del que sabe que su mensaje de redención y elevación llegará a todos.



BREVE HISTORIA DE A

TIEMPOS ANTIGUOS
Y MEDIEVALES

(1500 a. C. - 1570 a. d.)



AS aspiraciones de Chipre por la *Enosis* (unión con Grecia) se han manifestado con fuerza durante la administración británica de la isla,

aunque no por primera vez en la historia de Chipre. Se exteriorizaron ya muchos siglos antes de la era cristiana, cuando aún no existía un Estado griego como lo conocemos hoy.

Luego que los griegos de Mice-nes se establecieron en Chipre, unos 1.500 años antes de Cristo, se creó entre la isla y Grecia un vínculo ininterrumpido que se robusteció cuando los griegos ocuparon a Chipre después de las Guerras Persas (478-449 a. C.). Muerto el general ateniense Cimón en Citium (hoy Larnaca), en el año 449 anterior a la era cristiana, y abandonada la isla a los persas, no solamente se reiteraron aquellas aspiraciones en un período posterior, sino que las mismas fueron satisfechas en las postrimerías del siglo V, en la forma de una liga política y de una alianza con el reino de Salamis, del que Atenas era la ciudad griega predominante. La liga y la alianza quedaron constituidas durante el reinado de Evagoras (411-374 a. C.), y más tarde se extendieron hasta abarcar casi toda la isla. Los lazos intelectuales y culturales existieron entre Chipre y Grecia en todos los períodos de la antigüedad.

Nuevos acontecimientos, que ocasionaron la expansión del imperio de Alejandro el Grande hacia el este, determinaron la unión política de Chipre con el resto del mundo griego, unión que se mantuvo aún después que el imperio romano se convirtió en bizantino mediante la fundación de Constantinopla por Constantino el Grande, en el año 330. Esta unión subsistió hasta el siglo XII (1184), pues, tras un corto lapso de libertad (1184-1191) y su breve ocupación por el rey de Inglaterra, Ricardo Corazón de León (1191) Chipre pasó a poder de los francos (1192, dinastía de los Lusignan). Durante la ocupación de la isla por los lusignanos, (1192-1489) y luego por los venecianos (1489-1570), los chipriotas intentaron en varias ocasiones emanciparse del yugo extranjero. Si no lo consiguieron, lograron en cambio preservar sus ansias de nacionalidad y su idioma, y pudieron, hasta cierto punto, ejercer una influencia helenizante sobre quienes los gobernaban. Después de la dominación veneciana, Chipre, lo mismo que los otros territorios griegos, cayó bajo la de los turcos, entre 1570 y 1571.

LA DOMINACION TURCA EN CHIPRE (1571-1878)

Transcurrieron muchos siglos, de 1453 a 1821, hasta que una parte de la Grecia continental se desprendió de la dominación turca y se creó el nuevo Estado griego a raíz de la revolución de 1821. Chipre no fue incorporada al mismo, a pesar de que había querido participar en la revolución ofreciendo el sacrificio de muchos combatientes caídos en los campos de batalla griegos durante la lucha por la independencia. No obstante, la reclamación para que Chipre se

incorporase al Estado griego a la par de otros territorios fué expuesta públicamente por John Capodistrias, primer gobernante. Esta es la primera reclamación oficial presentada por el Estado griego, y repetida varias veces en adelante. Por consiguiente, la afirmación de muchos escritores políticos y estadistas ingleses, de que el Estado griego nunca reclamó a Chipre, falta a la verdad.

En el período de 1830 a 1878, los chipriotas no pudieron insistir en sus pretensiones de unión, sabiendo el trato que recibirían de las autoridades turcas. Sus esfuerzos en los últimos años en ese período se dirigieron a procurar un alivio de las cadenas de la servidumbre, para poder vivir en condiciones tolerables, mientras reservaban sus ansias nacionales y sus recursos económicos para empresas futuras. Esto llegó bajo el régimen turco, mediante la institución del consejo de ancianos en tiempos del arzobispo Panaretos (1830-1838), y la promulgación del *Khatt-i-Humayum*, decreto del sultán, en 1856.

Favorecidos por cierta autonomía, los chipriotas se animaron a insistir en la unión con Grecia, haciendo circular panfletos que el gobierno turco se apresuró a suprimir.

BAJO LA OCUPACION BRITANICA, 1878

Tan pronto como Chipre quedó libre de la ocupación turca, en 1878, habiendo entrado en ella los británicos, el pueblo cifró sus esperanzas en un tratamiento más liberal bajo el nuevo régimen, que llevase con el tiempo a realizar la aspiración nacional. Dicha aspiración la declaró públicamente el arzobispo Sofronios con motivo de la ocupación de la isla por los británicos en 1878. Al dar la bienvenida al Alto Comisionado, dijo: "Aceptamos el cambio de gobierno, por cuanto confiamos que Gran Bretaña ayudará a Chipre, como hizo con las islas Jónicas, a unirse a Grecia, con la que tiene lazos naturales". Esta declaración es puesta en boca de Metropolitano de Kitium, Kyprianos, por sir George Hill en su "Historia de Chipre", y viene a ser el primer indicio oficial de que el pueblo de Chipre consideraba la ocupación británica como un paso hacia el restablecimiento de su libertad nacional.

Las esperanzas de los chipriotas de que el sometimiento a una potencia extranjera se tornase más llevadero por obra del cambio político de 1878, resultaron defraudadas inmediatamente después de establecerse las autoridades británicas en la isla. Por ello comenzó una violenta campaña antibritánica, que se evidencia en las publicaciones de la época, como ocurre con el diario "Neon Kition", de 1879. La oposición fué tan recia que el pueblo efectuó manifestaciones frente al consulado griego y aclamó a la familia real de Grecia ("Neon Kition", 1879, N° 1.)

Apenas Gladstone fué nuevamente primer ministro de Gran Bretaña en 1880, la población de Chipre le expuso por telégrafo sus aspiraciones de unión con Grecia. En sus discursos electorales el célebre estadista dijo que, como Inglaterra había sido obligada a consentir en la unión de las islas Jónicas con Grecia, era natural que no desease sofocar las aspiraciones de los chipriotas

(Hill, op. cit. IV, p. 497). Sin embargo, pese a estas declaraciones, Gladstone respondió más tarde a las instancias de los chipriotas que, aunque ansiaba fervorosamente la felicidad del pueblo de Chipre, lamentaba estar ligado por tratados que no podía quebrantar. Más adelante, en 1881, los miembros griegos del consejo legislativo de Chipre presentaron sus renuncias a guisa de protesta. Años más tarde, en 1885, debido a un escándalo relacionado con la asignación de fondos públicos, presentóse un nuevo petitorio para la unión de Chipre con Grecia. Poco después, las celebraciones del Jubileo de la Reina Victoria en 1887 fueron boicoteadas; se pronunciaron discursos en las iglesias de toda la isla para propagar la idea de la unión, y los festejos organizados por los británicos fracasaron por falta de espectadores (Hill, op. cit. Vol. p. 498).

PUBLICACIONES Y TESTIMONIOS

Desde los primeros días de la ocupación británica de Chipre, hizo resaltar la vinculación entre Chipre y Grecia del mismo modo que la que existía entre Creta y Grecia, mencionándose a esta última como "la madre Grecia". Después de la anexión de Tesalia a Grecia en 1889 un memorial chipriota sirvió para reclamar la unión de Chipre con la madre Grecia. En otro documento de la delegación presidida por Sofronios que visitó Londres en 1889, destacóse una vez más que "la población de la isla no puede olvidar su origen ni sus tradiciones, y se atreve a aspirar a un porvenir griego. Los diarios locales siempre aludieron al gobierno británico como "extranjero", diciendo que no podía ofrecer a Chipre "lo que conviene a su carácter nacional, en contraste con lo que el gobierno de la madre Grecia podría brindar".

Las colectas en favor de Grecia que se ha repetido en diversas ocasiones durante la administración británica, aportó cientos de miles de libras a las causas griegas. Con motivo de una colecta en 1885, subrayó que "Chipre, como Creta, debía reclamar su anexión a Grecia" (diario "Phoni tis Kyprou", noviembre 18-30 de 1885). "Debemos demostrar a los británicos—proseguía el mencionado órgano—que somos hijos legítimos de Grecia, y que ninguna protección extranjera puede complacernos ni halagarnos".

En sus discursos, los políticos ponían de relieve el hecho de que sólo la unión con Grecia podría deparar prosperidad a la isla: "Esperemos a que el tiempo nos ofrezca la plenitud a nosotros también". (Lisiades, alcalde de Nicosia y miembro del consejo legislativo, citado en "Phoni tis Kyprou", 1888).

Desde entonces, y en forma incesante, el pueblo de Chipre ha significado con frecuencia su sincero y formal deseo de incorporarse a Grecia, y por momentos ha procedido con mayor vigor aún, realizando manifestaciones o presentando memoriales. Un movimiento firme en ese sentido se produjo en 1895 en todas las poblaciones de la Isla. Un memorial elevado en 1896 a Joseph Chamberlain, entonces Secretario Colonial, recalca los siguientes puntos:

A partir del primer día de la o-

cupación británica de Chipre, la población griega de la isla ha dado expresión a sus aspiraciones más íntimas, y acariciadas durante muchos siglos, con miras a su restauración nacional. No ha dejado de señalar esta aspiración en todos los memoriales presentados. Hoy, como siempre, el pueblo griego que constituye las cuatro quintas partes de toda la población de la isla, de un extremo a otro, y con una sola voz, proclama su única aspiración, que no es otra que unirse a la madre Grecia. Además, está resuelto a resistir por todos los medios, aún los más extremos, a toda otra solución que se quiera dar a la cuestión de Chipre" (Hill, op. cit., Vol. p. 500). Además este memorial pedía que se realizara un plebiscito para que el pueblo pudiera expresar su opinión sobre el asunto.

La respuesta del Secretario Colonial fué que se tenía conocimiento de esta aspiración frecuentemente apuntada en el pasado mediante comunicaciones análogas, pero, añadía, el gobierno no podía acceder a la petición por hallarse obligado con Turquía por una convención. En 1897 Mr. Gladstone reconoció más completamente el derecho de Chipre a unirse a Grecia, y escribió al duque de Westminster: "Cuánta satisfacción sentiría si me fuese concedido ver, antes del término de mi larga vida, que la población de aquella isla helénica fuese colocada por un arreglo amistoso en unión orgánica con sus hermanos del Reino de Grecia". En la Cámara de los Comunes, Chamberlain manifestó en 1899 que no le cabían dudas de que la cesión de Chipre a Grecia estaría en armonía con los sentimientos de la población griega de la isla.

EL CONSEJO LEGISLATIVO APOYA LA IDEA DE UNION

Con el curso del tiempo la cuestión de Chipre fué trasladada a la Asamblea Legislativa, y, por primera vez, en 1903, los miembros electos griegos hicieron moción para comunicar al Alto Comisionado "la voluntad del pueblo chipriota, de unirse a la madre Grecia". Los miembros griegos del consejo declararon una vez más en un memorial "que su único deseo, ardiente e inextinguible, es el de unirse a Grecia". Mociones por el estilo se presentaban en cada sesión anual del consejo, pero raras veces eran aprobadas, porque invariablemente chocaban con los votos unidos de los miembros británicos y turcos; los últimos tenían por norma aliarse al punto de vista de los primeros. Si alguna vez se aprobaba la moción, era porque estaba ausente de la reunión algún funcionario o algún miembro turco.

Cuando el rey Eduardo ascendió al trono se reprodujeron las manifestaciones similares.

AFIRMACION DE CHURCHILL

El clamor de la unión con Grecia culminó en los años subsiguientes. Esto se debió principalmente a la visita que hizo a Chipre en tonces Subsecretario de Colonias, Hon. Winston Churchill. Alcaldes, diputados, y todos en general, expresaron públicamente, con mayor firmeza que nunca, la aspiración y voluntad de la población de Chipre sobre la unión de la isla con Grecia. La reclamación no se presentaba ya como simple reacción contra la política británica en

A CUESTION DE CHIPRE

... en realidad, a menu- do lugar a ella), sino una exigencia de liberar al pueblo de los putados, en un memo- pregaron al Subsecre- lonias en la Asamblea dijeron: "Desde 1878 de Chipre ha apro- las las oportunidades ar sus fuertes aspira- nales. El pueblo de ampla la realización de como la única base y otatable de su verdade- ad, y también como la de su histórica carre- al no podrán apartarlo poderes, sean morales

Churchill respondió como

la cuestión muy grave; ve y sería, en realidad plantear el pueblo de se parece perfectamen- te el pueblo chipriota, pendiente de griegos su incorporación a lo llamarse la madre pa- un ideal que debe ser empeñoso, devota y fer- Tales sentimientos un ejemplo de la pa- tración que es tan noble era de la nación grie- tiempo después Mr. declaró en Inglaterra que había aprendido en Chipre era la frase "Zisis" (Viva la unión con seis años más tarde, en Chipriotas pidieron apo- ye los Helenos dirigen- mo a su rey y el nom- stó que su deseo era que se cumpliera sus anhelos. El nuevo memorial de los griegos del consejo británico, con la ex- las aspiraciones nacio- Chipre, que fué presen- después de la ocupa- decaneso por los ita- la misma suerte que

ento esgrimido por los ntra la "Enosis" fué asistía ningún derecho cuestión de un cam- mo en la isla por ha- por tratado a Tur- la isla seguía perte- Esta excusa fué dada distone, según se dice cuando los griegos felicitaron por la vic- liberales en 1880; es- empero, que Glads- ertemente partidario de Chipre a Grecia "Chipre", p. 70). La fué ofrecida de 1878 en que la isla fué ane- perio británico duran- era Guerra Mundial.

mo, el argumento prin Churchill, entonces to de Estado para las su referencia a las is- que los griegos chiprio puesto como ejemplo. ue, respecto a la com- re las Jónicas y Chi- una perfecta analo- las, porque en la ép- sión las islas Jónicas a Gran Bretaña, que para cederlas, mien- aso de Chipre era total

MIENTO POR ETANA DE LA ACION DE CHIPRE

realidad, tan Gran no los británicos reco- derechos étnicos y na-

cionales de Grecia sobre Chipre, si bien objetaron la unión por las razones aludidas. Sin embargo, desde el punto de vista diplomático, la situación varió después de la anexión de Chipre a Gran Bretaña en 1914. Esto dió pie a renovadas protestas contra la actitud del gobierno británico al negarse a ceder la isla a Grecia, puesto que ya no cabía el pretexto de la soberanía del Sultán. La razón étnica por la cual Chipre pertenece a Grecia ha sido real y efectivamente demostrada por Gran Bretaña. Primeramente, en los tiempos de las negociaciones de paz siguientes a las Guerras de los Balcanes en 1913; después, durante la primera Gran Guerra, en 1915.

En el primer caso, se propuso oficialmente que Chipre fuese cedida a Grecia a cambio del arrendamiento permanente de Argóstoli, en la isla de Cefalonia (Compton Mackenzie, "Wind of Freedom", p. 6; Hill. op. cit., IV, p. 520). En el segundo; Chipre fué ofrecida a Grecia a condición de que la última entrase inmediatamente en la guerra como aliada de Gran Bretaña. El primer ofrecimiento no se materializó debido al curso que tomaron los sucesos en los Balcanes; la segunda proposición fué cancelada al recusarla el gobierno griego, que consideró que el peligro que corría el Estado al entrar inmediatamente en la guerra debía influir más sobre sus decisiones que la liberación de aquella isla griega. Ahora bien, sea cual fuere el resultado, la proposición del gobierno británico constituyó un reconocimiento concreto del derecho que asiste a Chipre para unirse a Grecia, su madre patria.

Mientras se libraba todavía la primera Gran Guerra, y cuando, al cabo de dos años, Grecia entró en el conflicto de parte de los Aliados, Chipre presentó, el 29 de julio de 1917, un memorial a los gobiernos de Gran Bretaña y Grecia, apremiando el cumplimiento de lo ofrecido en 1915. "El pueblo griego de Chipre —expresaba el memorial— en este propicio momento considera un supremo deber reiterar una vez más sus aspiraciones nacionales, que mira como las más nobles, justas, sagradas y legítimas del mundo". El 25 de septiembre de 1917 aprobó una declaración pan-chipriota, que declaraba que "el deseo más firme e inalterable del pueblo de Chipre es su unión al Reino de Grecia, y espera con ansiedad su pronta consumación".

LA REIVINDICACION DE CHIPRE DESPUES DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Terminada la primera Guerra Mundial en 1919, el mismo temperamento prevaleció en un acuerdo político que negociaron Grecia e Italia, conocido como el acuerdo Venizelos-Tittoni de 1920; estipulaba que, si después de 15 años Gran Bretaña había restituido Chipre a Grecia, Italia concedería un plebiscito a la población de Rodas, para que optara entre ser griega o italiana (Compton Mackenzie, "Wind of Freedom" p. 3). Por este acuerdo se reconocía el derecho de Chipre a obtener su libertad, y Grecia aparecía como reclamándola a Gran Bretaña. Sin embargo, a causa de un giro desfavorable de los asuntos políticos y militares, el proyecto de la unión fué nuevamente diferido.

He aquí los sucesos que condujeron a tal resultado: cuando u-

na delegación chipriota compuesta del arzobispo Kyrillos III y ocho miembros griegos del consejo visitó la ciudad de Londres, poco después de concluir la primera Gran Guerra con el objeto de presentar las aspiraciones de la unión de Chipre con la madre Grecia, en momentos en que se estaba tratando el acuerdo de paz con Turquía, se creyó por lo general que había llegado la hora de satisfacer esa aspiración, sobre todo en vista de que durante la guerra habíase proclamado ampliamente el principio de la autodeterminación y hasta se lo había aplicado, en cierta manera, para la solución de los asuntos europeos. Mr. Lloyd George, entonces primer ministro de Gran Bretaña, deseoso de seguir el ejemplo de Gladstone con las islas Jónicas, prometió a Venizelos que Gran Bretaña cedería Chipre a Grecia cuando Italia también entregase la isla de Rodas, y declaró que la cesión de Chipre a Grecia era una cuestión de justicia y de moralidad. Mr. Milner, entonces Secretario de Estado para las Colonias, escribió a la Delegación de Chipre que los anhelos del pueblo chipriota griego por la unión con una nación de su propia raza eran lógicos y naturales, y que le merecían el mayor respeto. El 14 de noviembre de 1919, Mr. Lloyd George, en su respuesta a una carta de la Delegación, declaró que "los deseos de los habitantes de Chipre sobre la unión con Grecia serían tomados en consideración con el mayor cuidado y con toda simpatía cuando el gobierno entre a considerar su futuro". En el mismo año Mr. Ramsay Macdonald, líder del Partido Laborista emitió una declaración en el Congreso Socialista, de Berna, conforme a la cual dicho partido deseaba se aplicase el principio de autodeterminación en el caso de Chipre. Más tarde, cuando fué primer ministro, hizo caso omiso de su declaración y dió una respuesta negativa a la reclamación de Chipre.

A pesar de las disposiciones tomadas por Mr. Lloyd George y del apoyo de los miembros del Parlamento, la cuestión de la "Enosis" no había hallado una solución favorable, pues prevalecían las opiniones contrarias de la mayoría de los miembros del gobierno británico. Fué así que Chipre permaneció en manos británicas, no obstante la declaración del principio de autodeterminación hecho por Gran Bretaña, y sus aliados durante la guerra, cuando había que estimular a los pueblos para tornar más segura la victoria. La repercusión popular fué grande al verse la dirección que tomaban los sucesos. Se sucedieron las manifestaciones y los mítines de protesta, se firmaron resoluciones por representantes de todas las aldeas y poblaciones de Chipre, hubo choques esporádicos con elementos gubernamentales, y deportaciones de jefes políticos en 1921. El gobierno británico se negó a otorgar facilidad alguna, ni autonomía como se había pedido para preparar el camino hacia la Unión; se adujo, como pretexto, que el pueblo todavía no había alcanzado la suficiente madurez. En el fondo, el gobierno temía que el pueblo emplease la libertad política para influir hacia la unión con Grecia.

En 1923 hizo una nueva tentativa a Londres a un emisario chipriota con el objeto de gestionar la supresión de medidas opresivas tomadas por el gobierno en materia educacional, pero estos es-

fuerzos también terminaron en fracaso. Poco después, el tratado de Gran Bretaña con Turquía, firmado en Lausana en 1923, estableció el reconocimiento formal de la anexión de Chipre por Gran Bretaña, y la cesión de los derechos de Turquía sobre la isla. En 1925 Chipre fué convertida en colonia de la Corona Británica.

Así, en el curso de una década, Chipre, que se había acercado varias veces a las puertas de la libertad, encontrólas herméticamente cerradas por el derecho de los poderosos. El arzobispo, en nombre de la Iglesia y del pueblo, volvió a protestar y reclamó la unión con Grecia, pero fué en vano.

LA REACCION ANTE LA ACTITUD BRITANICA, Y LAS MEDIDAS RESTRICTIVAS DEL GOBIERNO DE CHIPRE

El desarrollo adverso de la situación política en la isla, y la gran decepción de los chipriotas originó por una parte más rigurosas manifestaciones de los sentimientos nacionales por la Unión, y por otra parte un choque entre el pueblo griego de Chipre y el gobierno. Desde los días en que la delegación de 1919 regresó de Londres sin haber logrado éxito en su misión, las buenas relaciones existentes entre el pueblo y el gobierno se perturbaron, y no se han vuelto a normalizar. Como consecuencia de la nueva negativa del gobierno británico y de sus medidas de opresión, los miembros griegos del Consejo Legislativo ofrecieron sus renuncias en 1920. En una carta, declararon que, al rechazar el gobierno las aspiraciones de la Unión, "había despertado en el alma del pueblo de Chipre, ahora más que nunca, un muy fuerte y natural deseo de librarse del yugo extranjero y de vivir libres en el seno de la madre Grecia, de la cual no puede apartarle ninguna promesa, ninguna concesión material ni ningún poder del mundo. Griegos como somos, con tradiciones históricas tales como ninguna otra nación en el mundo posee, dueños de los mismos derechos que vosotros y los otros pueblos, jamás nos dejaremos someter a ninguna férula extranjera en momentos en que, por obra de nuestras luchas y sacrificios comunes, hemos reinstituído en el mundo los ideales de libertad y de justicia política".

La reivindicación no era propagada por los chipriotas tan sólo por razones sentimentales, sino que estaba ligada a la convicción absoluta de que el progreso y la prosperidad de Chipre dependían de la unión con Grecia. Lado a lado con la política económica del gobierno, la política seguida en materia de educación, después de la primera Guerra Mundial, justificaba la convicción popular de que los derechos a la educación estaban en grave peligro, y que, con el curso del tiempo, el gobierno extranjero eliminaría los antiguos privilegios otorgados por los turcos y subsiguientemente por los altos comisionados de la isla en los primeros días de la ocupación británica. Al correr de los años se comprobó desdichadamente que los temores del pueblo no carecían de fundamento, por cuanto el gobierno local, sancionando leyes sin la participación popular, prácticamente suprimió el sistema de la educación al abolir toda libertad y tornarla dependiente por

completo del gobernador, que asumió la supremacía legal en todos los asuntos del ramo.

Por esta razón, al cumplirse cuenta años de administración británica en Chipre, en 1928, cuando sir Ronald Storrs, el gobernador, propuso celebrar la fecha de la participación del pueblo de isla, el pueblo acogió la proposición con resentimiento y la consideró como un agravio inferido a su dignidad nacional. El Sínodo de la Iglesia, junto con los miembros griegos del Consejo, y los caldes, emitió una proclama que rezaba:

"En primerísimo lugar, y encima de todo, se destaca como una irremediable injusticia el hecho de que por un período de cincuenta años, contra todas las leyes divinas y humanas, y contra el principio de autodeterminación proclamado durante la Guerra Mundial, se nos ha impedido acercarnos al regazo materno, a pesar de nuestra voluntad unánime, manifestada en distintas oportunidades y en múltiples maneras, de unirse a la madre Grecia. Nos hemos cansado de que se nos gobiene con absolutismo disfrazado harapos de una libertad semi-constitucional. Se ha considerado que la actitud correcta de la población griega es la absoluta abstención de toda forma de festivo con motivo del jubileo en Chipre de la ocupación británica".

En marcado contraste, el aniversario del Día de la Independencia griega fué celebrado con gran esplendor, y el Sínodo, los miembros griegos del Consejo y los caldes aprobaron una resolución que fué remitida al Secretario de Estado para las Colonias.

En 1929 otra delegación chipriota que viajó a Londres planteó la cuestión de la Unión al Secretario de Colonias, "como única reclamación del pueblo de Chipre". Pero recibió una vez más la contestación de que el tema estaba agotado.

Poco después, el 25 de marzo de ese año, efectuóse un plebiscito sobre la Unión, que firmaron representantes de todas las aldeas y poblaciones de Chipre, elevando peticiones en las iglesias por un resultado feliz. No se dejó que transcurriese una sola sesión de la Asamblea Legislativa sin que los miembros griegos plantearan la cuestión. Sin embargo, las mociones eran rechazadas por la votación de los miembros británicos unida a la abstención de los representantes turcos.

La reclamación popular era inoperativa. No solamente se formaban protestas, mensajes y memoriales, sino que el asunto era tratado en los diarios, en discursos y en reuniones públicas, cuandoquiera que algún persona con calidad oficial, procedente de Inglaterra, visitaba Chipre, suscitada invariablemente la cuestión de la Unión, como aspiración única del pueblo de Chipre. Tal sucedió cuando Mr. Drummond Shiels, Subsecretario de Estado para las Colonias, visitó la isla en 1930. Los miembros griegos del Consejo demandaron vigorosamente la Unión expresando que "su libertad dependía solamente de la unión de la isla a la madre Grecia. Esta es la única exigencia del pueblo". El Subsecretario para las Colonias respondió por la negativa, como antes.

EL ALZAMIENTO DE 1931 Después de reiteradas nega-

s y decepcionantes respuestas el gobierno, la reivindicación de Chipre alcanzó su punto de mayor crisis en 1931, año en que llegó a producirse un alzamiento popular. La supresión del sentimiento nacional, las medidas aplicadas para abolir todos los privilegios, hasta entonces concedidos, especialmente en el campo de la educación, el desprecio evidenciado por el Consejo hacia la voluntad de la mayoría del pueblo de Chipre, todo indujo a concluir que el gobierno planeaba sistemáticamente la desnacionalización de la población griega. El choque fué una consecuencia natural, y estalló luego de la renuncia de los miembros griegos del Consejo, al invitarse al pueblo a ejecutar un acto de desobediencia contra la autoridad británica en la isla.

La proclama del Metropolitano de Kition y miembro del Consejo Legislativo, el 17 de octubre de 1931, declaraba que "nuestra única salvación, desde todos los puntos de vista, es nuestra liberación nacional", la cual debía conseguirse mediante la unión a la madre patria, Grecia. El alzamiento fué rápidamente sofocado, como se esperaba; deportóse a jefes del pueblo, religiosos y legos; en el conflicto pereció una cantidad de habitantes; otros fueron reducidos a prisión, por centenares; fué abolido el Consejo Legislativo; todos los poderes constitucionales pasaron a manos del gobernador, y se impuso una estricta censura a la prensa; a ello siguió una dictadura sin precedentes, que maltrataba al pueblo. La bandera y el himno nacional de Grecia, los retratos de los héroes griegos, el mapa de Grecia que incorporaba a Chipre, los colores nacionales griegos, y, en general todo cuanto podría recordar a Grecia, fueron suprimidos. Para remate, medidas gubernativas de opresión, resultantes en la intervención en la Iglesia de Chipre, que hasta los turcos habían respetado, impidieron la elección de un nuevo arzobispo después de la muerte de Kyriillos III en 1932, y la iglesia de Chipre quedó acéfala por un período de dieciséis años.

CHIPRE Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

En estas circunstancias no podía ya reclamar la Unión después de 1913. Sin embargo, el estallido de la Segunda Guerra Mundial libró a la isla de este estado de cosas. Las restricciones impuestas se aliviaron un tanto, aun que solamente en la práctica, y no por legislación al efecto. La victoria de las armas aliadas, a la cual Grecia hizo una generosa contribución, como Estado y como nación, permitió nuevamente la presentación de las viejas aspiraciones. En 1944, cuando un enviado especial del Colonial Office visitó a Chipre para estudiar con sus habitantes los medios y arbitrios de efectuar ciertos cambios administrativos, solamente se le presentó una reclamación, y el funcionario partió de la isla sin haber realizado nada. Esa aspiración única era la unión de Chipre a Grecia.

DESPUES DE LA SEGUNDA CONFLAGRACION

En 1946 una delegación de Chipre encabezada por el obispo Leontios, "locum tenens", que había comparecido repetidas veces, ante los magistrados por sus actividades unionistas, junto con dos representantes laicos, partió para Atenas y viajó a Londres, donde presentó una vez más la petición. Al mismo tiempo una grandiosa ma-

nifestación en Nicosia apoyaba las aspiraciones de unión. La respuesta del gobierno británico, pese a las promesas oficiales, hechas al gobierno griego durante la guerra, en el sentido de que se tomaría en cuenta la cuestión de Chipre cuando terminara el conflicto fué negativa. A la vez formularonse proposiciones para que el pueblo colaborase en la redacción de una carta constitucional que anularía toda posibilidad futura de cambiar el gobierno de la isla, para lo cual también se derogarían las leyes que regían la elección de un arzobispo. El obispo de Pafos, Leontios, fué elevado a esa dignidad eclesiástica, y en su proclamación del 12 de julio de 1947, con motivo de convocarse a la asamblea consultiva para el otorgamiento de una Constitución, declaró que "el pueblo de Chipre proseguirá diligentemente su sagrada y legítima lucha por la unión con la patria madre hasta conseguirla, cerrando oídos a toda promesa contenida en la proclama del gobierno.

OFRECIMIENTO BRITANICO Y RECHAZO DE CHIPRE

El pueblo en general rechazó sin tardanza las proposiciones, a pesar de que, al principio, los comunistas, sus simpatizantes y algunos otros miembros independientes de la asamblea consultiva, sin desconocer la Unión como último objetivo y finalidad, deseaban entrar en conversaciones sobre estas propuestas. La asamblea consultiva citada a tratar el establecimiento de alguna forma de Constitución se desperdigó en 1948.

Desde entonces Chipre siguió siendo gobernada de la misma manera monocrática que antes de la guerra. Mientras tanto la lucha por la unión se intensificó. Después de la reconstitución de la Iglesia de Chipre con el arzobispo Makarios II al frente, la campaña prosiguió con todos los recursos disponibles. Restablecido el Consejo de Etnarquía bajo la autoridad de la Iglesia, combatió todos los intentos de restar bríos a la lucha. Por una nueva proclama, el Etnarcado afirmó que la política de "no cooperación" con el gobierno era el único método eficaz de acortar el camino hacia la Unión.

EL PLEBISCITO DE 1950

Los esfuerzos, empero, no se limitaron a una política negativa. El 3 de octubre de 1948 se organizó un gran mitin en Nicosia, al que asistieron decenas de miles de personas. Todo culminó en el plebiscito del 15 de enero de 1950, practicado por la Etnarquía al negarse el gobierno a realizarlo, con lo que se eliminó toda duda que pudiera caber tocante a la sinceridad del deseo del pueblo de Chipre de unirse a la madre Grecia. El gobierno empleó todos los medios para obstruirlo; advirtió al arzobispo y a los obispos que se les responsabilizaría de todo desorden; hizo circular amenazas entre los empleados públicos y los maestros que quisiesen participar en el plebiscito. Pero a despecho de todas estas medidas, el resultado del plebiscito, por mayoría abrumadora, estuvo en favor de la campaña nacional por la Unión.

De los votantes inscriptos, el 95,7 por ciento aprobaron la Unión. Ancianos y ancianas, lisidos y enfermos, se presentaron también, cantando el himno nacional y asentando sus nombres en las listas del plebiscito. Los corresponsales extranjeros dijeron que más que un plebiscito había sido un censo.

En lo alto de cada página donde

SITIO PARA LA SANGRE

Vida que nada quiere junto al rencor y al odio
y a los huesos acerca la conveniente hoguera
que orientará las aves perdidas, entre sombras,
en esa región triste donde no se recuerda.

Contra un muro la carne se me rompe; los ojos
bucean en la ausencia de la luz, y caminan
sobre hierbas de luto, en monte y valle amargos;
nunca las manos piden sus alas extinguidas.

La fuerza que en la atmósfera se advierte, dice rumbo,
pero va solitario su rumor en la noche,
en medio a mil banderas de ráfagas y gritos,
prendidas al designio de un duro dios sin nombre.

La vida esconde y muestra sortija de luciérnagas,
y anhela muerte y muerte, tal una mansa tarde
sin ángeles que quiebren su vitral encendido.
La muerte entonces busca llenar por siempre el aire.

Quiero verter mi sangre sobre la tierra, hacerla
arder, borrar la muerte, prolongar su relámpago,
y en mi sombra echar todo su júbilo y su aroma,
como un montón de rosas de púrpura, olvidado.

RAFAEL ANGEL INSAUSTI

se inscribían los nombres figuraba la leyenda: "Reclamamos la unión con Grecia". Existen treinta volúmenes que contienen las firmas del plebiscito, encabezadas por la del arzobispo. Estos volúmenes fueron llevados por una delegación que envió la Etnarquía de Chipre el 15 de mayo de 1950 con el objeto de entregarlos a Grecia, legítima reclamante de la isla, a la cual la Etnarquía solicitaba que el gobierno británico cediera Chipre, en vista del resultado del plebiscito. La delegación nacional de Chipre también pedía que el gobierno británico, ante el resultado de la consulta popular, y en atención al principio de autodeterminación, la Carta del Atlántico, la declaración de los derechos humanos, y sus propios compromisos, declaraciones y reconocimientos, abandonara Chipre y cediera a un pueblo histórico la libertad que no ha conocido desde hace 760 años, en tanto permanece intacto su sentimiento de nacionalidad. La delegación, después de entregar una copia de esos volúmenes al Parlamento griego en una ceremonia oficial, se dirigió a Londres para entregar otra copia al gobierno británico. El Secretario de Colonias se negó a recibir a la delegación. Una tercera copia fué remitida a la Secretaría de las Naciones Unidas.

EL PUEBLO DE GRECIA

APOYA LA RECLAMACION

Al mismo tiempo efectuábanse manifestaciones y el pueblo griego presentaba resoluciones al gobierno solicitando que se encarase el asunto como una cuestión nacional y se exigiese al gobierno británico una solución. Los representantes del gobierno griego en las diversas comisiones de las Naciones Unidas mencionaron reiteradamente las reclamaciones del pueblo de Chipre y del Estado griego. En 1951 el primer ministro de Grecia declaró en el Parlamento que la solución de la cuestión de Chipre no podía diferirse más. El rey de los Helenos manifestó, asimismo, que "no acertaba a comprender por qué la unión de Chipre a Grecia no se había cumplido ya."

El 3 de mayo del corriente a-

DANTE ALIGHIERI

Y la Escatología Arabe

Hace ya treinta y cinco años que el sabio arabista aragonés Asín y Palacios afirmó, ante el asombro y aún la indignación de los especialistas en estudios dantescos, que las creencias escatológicas musulmanas no habían sido ignoradas por el mundo cristiano del medioevo y que habían influido directamente en la concepción de la Divina Comedia. Las pruebas eran tan evidentes que ya nadie se atrevió a rechazar de plano la tesis de Asín. Pero ¿cómo habían podido llegar a Dante estas fuentes de inspiración? Otro arabista español Muñoz Sendino, ha descubierto y traducido al castellano "La Escala de Mahoma", obra clave que resuelve el problema. Mahoma, guiado por el arcángel Gabriel, sube al reino de ultratumba por esa escala fulgurante que da el nombre a la obra, atraviesa los ocho cielos, pasa al paraíso, recibe el Corán de manos de Dios, va al infierno, siempre acompañado de Gabriel, y finalmente, vuelve a la tierra donde refiere sus visiones. El médico judío Abraham Alfaqim vertió al castellano este relato popular por orden de Alfonso X y, poco después, en 1264, el mismo rey encargó al italiano Buenaventura de Siena dos traducciones para lelas, una al francés y otra al latín. El texto en castellano de Alfaqim se ha perdido pero existen pruebas de que la versión latina era muy conocida en Italia en la época de Dante. Todo, pues, se ha aclarado. Arabes, judíos, cristianos... Una buena lección para nuestra época de telones de todas clases, esta simbiosis de culturas que culmina en la obra genial del florentino.

ño, el primer ministro de Grecia anunció que el 22 de agosto, a más tardar, su gobierno presentaría la cuestión de Chipre a la Asamblea General de las Naciones Unidas,

La Biblioteca del Congreso, en Washington

Por el Prof. Jorge Lines.

L STABLECIDA la Biblioteca del Congreso, en Washington, por ley de 24 de abril de 1800, en sus inicios fue albergada dentro del primitivo edificio del Capitolio y tuvo como uno de sus primeros núcleos la colección de libros del erudito Thomas Jefferson. En la actualidad, dando frente a la fachada sureste del Capitolio, se yergue el suntuoso edificio propio, de mármol de New Hampshire, en estilo renacentista italiano, el inaugurado en 1897, completamente exento y rodeado de sobrios parques; su exterior, sin embargo, no da una cabal idea de la suntuosidad con que está fabricado el interior. La Biblioteca del Congreso es, a nuestro juicio, la obra pública más lujosa y elegante de la Capital Federal. Sobre la fachada principal se destacan enormes cabezas que representan las razas humanas; frente a los alféizares de las ventanuales centrales lucen los imponentes bustos colosales de figuras mundiales tales como Emerson, Irving, Goethe, Franklin, Macauley, Hawthorne, Scott, Demóstenes, el Dante — representando oradores, poetas, novelistas, historiadores, filósofos, hombres de Estado, ensayistas. Directamente sobre los tres portales de entrada se destacan bellas estatuas que simbolizan la Literatura, la Ciencia y el Arte, mientras que los portales de bronce, en sí, de tamaño heroico, nos revelan las tres formas de transmisión del conocimiento: la Tradición, típica por una mujer recitándole a un niño; la Escultura, por una madre instruyendo a su hijo sobre un papiro; y por la Imprenta, representada por la Diosa Minerva, presidiendo el trabajo tipográfico. Este sobrio exterior nos recuerda aquellos suntuosos palacios reales europeos. Su majestuosa cúpula de bronce, rematada por una antorcha flameante, reminiscente del saber, hace de este edificio uno de los sitios más conspicuos de la Capital Federal. Como basamento de las rampas y

escalinatas de acceso a tan monumental fachada principal, admiramos un amplio conjunto estatuario bronceado, con notable pátina de óxido, en forma de fuente, denominada "La Corte de Neptuno". Sentada sobre una roca aparece el barbudo Dios de los Mares, tridente en mano, el Poseidón heleno, rodeado de nereidas jinetas, de tritones y fauna marina: caracoles, ofidios, batracios y quelonios.

El vestíbulo del piso principal es el recinto más esplendoroso e imponente de todo el edificio: dos amplias y majestuosas escalinatas de delicadas balaustradas se abren a derecha e izquierda para conducir al primer piso, sostenido éste por innumerables columnas altas de capiteles corintios, todo el conjunto en impecable mármol blanco; plafones y sófitos, a más de veinte metros de altura, muestran delicados grupos en mosaico; el pavimento, taraceado de bronce, en rica composición de marquetería, representa un sol convencional rodeado de los signos del zodiaco. Los lampadarios o candelabros, de gran tamaño, en bronce dorado, ostentan figuras humanas portadoras de gráciles fanales.

Flanqueando este maravilloso vestíbulo se encuentran los salones del Norte y del Sur, seguidos de otros menores, todos modelo de exquisito gusto artístico decorativo. En el salón del Este, seis paneles semicirculares muestran el desarrollo de la cultura, simbolizada por los terraplenes del hombre primitivo, por la tradición oral, las pictografías, los jeroglíficos, por los manuscritos monacales y por la imprenta; bellísimo conjunto, por sí solo obra de gran mérito.

En el piso segundo, alrededor del patio del vestíbulo, y en estilo pompeyano, encontramos sobre un brillante fondo bermellón, figuras femeniles que simbolizan las virtudes cardinales: la Fortitud, con su armadura para protegerse del temor; la Justicia, dueña del globo terráqueo; la Erudición y la Filosofía, con un libro; la Industria, con su huso y rueca; la Concordia, con el consabido ramo de olivo; la Sabi-



Fuente denominada "La Corte de Neptuno" en el edificio de la Biblioteca del Congreso. (Foto Jorge Lines)

duría, con las tablas de preceptos; la Inteligencia, con un rollo. Remata la decoración del primer piso, sobre el fondo del lado Este, un panel de varios metros de altura que representa a Minerva, en mosaico de vívidos colores, en su calidad dual de patrona de la Guerra Defensiva y de la Sabiduría y Artes liberales.

Detrás de este primer cuerpo del edificio, o sea el vestíbulo descrito y sus dos alas laterales, en un todo destinados a exhibiciones temporales, se levanta el segundo cuerpo, ocupado por salones de lectura, oficinas y dependencias diversas. El gran salón de lectura, de forma circular, con su rotonda de unos treinta metros de altura, impresiona por sus colosales proporciones. El corredor del piso superior, que afronta a este salón, está circundado por una cantidad de estatuas, simbólicas o personales, que representan la Religión, el Comercio, el Arte, la Historia, la Ley, la Ciencia, la Filosofía, la Poesía; y a grandes personajes mundiales como Moisés Colón, San Pablo, Fulton, Herodoto, Miguel Angel, Beethoven, Platón, Homero, Shakespeare, etc.

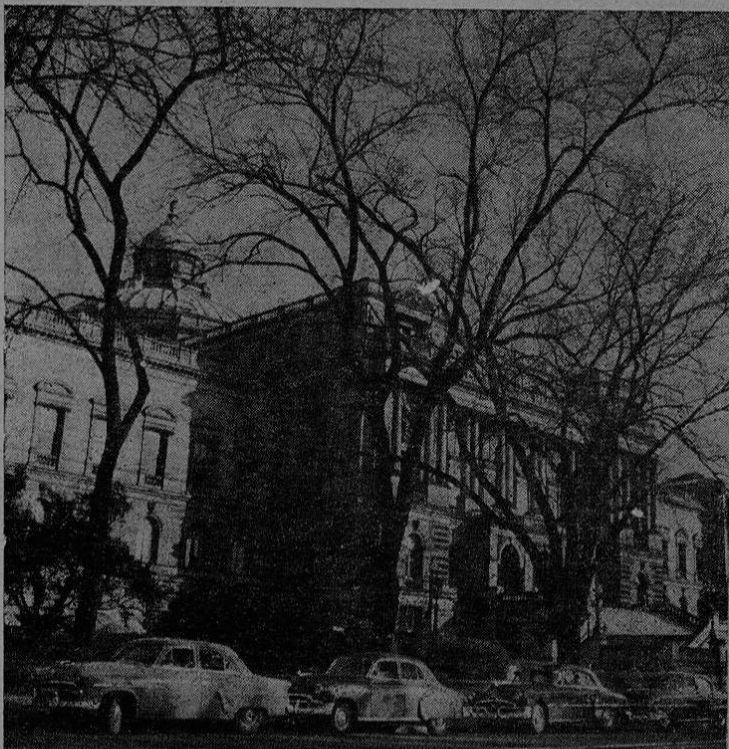
Un friso monumental, circular al pie de la hemisfera de la rotonda, simboliza las naciones del mundo que han contribuido al progreso de la cultura: vemos ahí al Egipto, con su aporte de la escritura jeroglífica; a Judea, con la enseñanza de la religión; a Grecia, con la instrucción filosófica; a Roma, con la administración republicana; al Islam, con su aporte de física; a Italia, con las bellas artes; a Alemania, con la invención de la imprenta; a la Madre España, en la época de los grandes descubrimientos; a Inglaterra, con la literatura; a Francia, con la emancipación; a los Estados Unidos, con la ciencia moderna.

Todo el edificio, en sus decoraciones, es un prodigio de simbolismo de las ciencias, las artes, las industrias, las religiones, — digno repositorio del incalculable valor cultural que atesora en sus entrañas como testimonio del conocimiento humano.

Uno de los principales objetivos que me había propuesto llevar a buen fin, tan pronto como supe

que la Diosa Fortuna me había favorecido con una graciosa beca del Departamento de Estado, fué la de visitar la "Fundación Hispánica", una de las más importantes secciones de la Biblioteca del Congreso, la que se dedica a prestar ayuda técnica a los estudiosos en virtualmente todas las ramas de investigación cultural sobre la península ibérica y los países latinoamericanos. Está integrada esta dependencia por un selecto personal especialmente idóneo y experimentado. Galantemente invitado por el actual Director Doctor Howard Cline, recorrimos las dependencias, apropiadamente decoradas en estilo renacimiento español; el vestíbulo ostenta murales del artista brasileiro Portinari, y al fondo del gran salón de lectura se destaca el escudo de armas conferido por los Reyes Católicos al gran Almirante, con su significativa divisa "Por Castilla y por León, Nuevo Mundo halló Colón". Inmediatamente accesibles a los salones de la Fundación Hispánica, se encuentran los tarjeteros y anaqueles que contienen las colecciones especializadas sobre los países de este continente. Allí pudimos contemplar, de Costa Rica, la famosa colección Dobles Segreda. Doña Conchita Romero, erudita bibliófila mexicana, colabora de modo eficaz con el señor Director en estudios y exhibiciones monográficas, y nos fué especialmente grato el conocerla. Por cortesía del Doctor Cline también tuve oportunidad de conocer al Doctor Arch Gerlach, Dirección de la Sección Cartográfica, instalada en un edificio cercano al complementario "Annex", que data de 1939, en estilo moderno angular, que dá cabida a una valiosísima y extensa colección de atlas y mapas.

Dentro de estos dos enormes edificios, la Biblioteca del Congreso, de Washington, dispone para el servicio del público, de un conjunto de facilidades para la investigación y el estudio, no igualada por institución análoga alguna, tanto por su diversidad y amplitud como por la excepcional grandeza. Son notables por su extensión las colecciones de mapas y fotografías aeronáuticas y manuscritos europeos.



Fachada monumental y cúpula de la Biblioteca del Congreso, en Washington. (Foto Jorge Lines)

EL PATRIARCA MORIBUNDO

Por MODESTO MARTINEZ



El tren se detiene más de lo acostumbrado. —Es que como anda con leña y con leña mojada, dice uno de los pasajeros, en toda estación tiene que detenerse a hacer vapor.

No es eso. A pesar de la leña mojada hay presión suficiente en la caldera, lo que sucede es que con muchas dificultades va a ser llevado al carro de pasajeros, el único carro de pasajeros que el tren mixto arrastra trabajosamente, un viejecito enfermo. Es un campesino alto, huesudo, de muchos años de edad. Uno de esos viejos patriarcas cuyo tipo va desapareciendo de Costa Rica.

Una mujer y dos hombres lo introducen, casi en peso, al carro. El viejecito se empeña, sin embargo, en poner los pies en el suelo, en marcar los pasos. Es un último rasgo de energía. Los pasajeros se interesan al ver aquella figura de patriarca moribundo. Se ve que ha sido un viejo de gran contextura, recio y nudoso como un roble; ahora sólo los huesos le quedan y sobre ellos la piel amarilla, la piel reseca y esmaltada con los cárdenos de la muerte. Barba blanca, los cabellos blancos también; unos cuantos mechones que se escapan del borde del pañuelo en que lleva envuelta la cabeza, le caen sobre la frente y se pegan y aglutinan en la piel viscosa del moribundo. La boca con el rictus preagónico; los ojos claros y muy hondos, con esa transparencia, con esa mortecina luz de los ojos que ya no ven nada en el mundo exterior y que parecen sumirse en las cuencas para echar un vistazo a la conciencia cuando se acerca la hora terrible de rendir cuentas a Dios.

Es hermoso el viejecito a pesar de estar moribundo. No es repugnante; inspira compasión y admiración también; así tan pálido como un fantasma, hay algo en él que revela una hermosa vida de luchas y de faenas, un pasado heroico de trabajo, de honradez, una de esas vidas ejemplares de los viejos costarricenses que veían la vida con más optimismo, con más alegría que nosotros y sin rencores ni odios, sin desprecio ni escepticismo como la están aprendiendo a vivir las generaciones de hoy, desencantadas y dudosas.

Yo no resisto a la tentación de preguntar a la mujer y a los dos hombres, todos de pie descalzo como el anciano, alguna cosa acerca del viejecito.

—¿Lo llevan al Hospital?, les pregunto.

—¿Al Hospital? —dice la mujer horrorizada.— ¡Dios guarde! ¿No ve que es el tata de nosotros tres?

Frase heroica y noble, llena de íntima piedad filial. Son muy pobres, así lo demuestra la apariencia, pero su tata no va al Hospital, eso jamás.

Es el tata de ellos tres, de una mujer de cincuenta años talvez, de dos hombres en los cuarentas, que son capaces de hacer cualquier sacrificio para que él muera en su casa, no en el Hospital. Los campesinos no se han librado todavía de la superstición de los hospitales, a pesar de la excelencia de los que tenemos establecidos en Costa Rica, particularmente el de San Juan de Dios, del cual puede sentirse orgulloso cualquier ciudad culta del mundo.

“No ve que es el tata de nosotros tres?”. La frase de la mujer me queda resonando gratamente en el corazón. No ve que es nuestro tesoro, no ve que es lo mejor que tenemos en el mundo? Y por eso, claro, no va al Hospital.

Se produce una tos de la gran cavidad torácica del viejo: una tos que suena como un trueno lejano, como el retumbo de un volcán; trata de incorporarse; los hijos le ayudan.

—Vino a vernos hace veinte días, me cuenta la mujer. El vive en Sabanillas, pero de cuando en cuando venía a pasar una temporada con nosotros. Ahora había venido a ver entrar el maíz y a ver tapar los frijoles. Pero apenas llegó le cogió la influenza, y lo llevamos pa la casa, allá en Sabanillas. Ni un momento de gusto hemos tenido los tres al ver cómo se ha ido poniendo malo; el maíz se quedó tirado sin entorajar; los frijoles hemos echado peones que los tapen de cualquier manera. Es que uno con el tata enfermo no tiene sosiego para nada, y con tal que el viejecito no se nos vaya a morir (no lo permita Dios), que se pierda todo, que no nazcan los frijoles y que se coman los gorgojos el maíz. ¿Pa que querriamos nosotros vida, ni maíz, ni frijoles, sin tata?

El viejo parece oír y agradecer. Recuesta la cabeza en el pecho de la mujer y ella, conmovida pero fuerte, con esa fortaleza que nuestros campesinos tienen para resistirlo todo, le arregla el pañuelo en que lleva envuelta la cabeza y le pone luego las manos sobre el pecho. Y así los dos forman un grupo que me sugiere a mí los más extraños pensamientos; me parece que la mujer es Costa Rica sosteniendo contra su pecho la vieja raza de los costarricenses que se va para siempre.

El tren sigue lentamente, lentamente.

Se ve que el anciano siente mareos, siente la tortura de viajar así como está. El querría estar allá en su pueblo natal, en el rincón de su casa, en la vieja cama de cedro, entre sus frazadas coloradas; por eso ha insistido en que lo trasladen a su pueblo, a pesar de estar moribundo. Quiere ver una vez más la torre de su parroquia y oír las campanas y acariciar los nietecillos y morir en la misma cama en que tal vez murieron sus antepasados. Este deseo es lo que ha hecho que no muera, a pesar de que está completamente minado; este deseo lo ha hecho afrontar un viaje en el tren en las peores condiciones posibles; y por más que sus hijos creen que no morirá, bien se ve que en llegando, en cumpliendo su último deseo, entregará su alma a Dios.

Su intenso amor a los terrones entre los cuales se crió y vivió, es una de las virtudes más dignas de alabanza en los hombres, una de las virtudes que hacen fuertes a los pueblos. Esa virtud levantó de sus escombros, bajo la amenaza siempre pendiente del Irazú, a la ciudad de Cartago.

El tren llega. Nosotros nos alejamos rápidamente llamados por el deber a nuestro puesto y dejamos a nuestras espaldas a la mujer y a los dos hombres transportando de un carro del tren a un coche de alquiler, al viejo que, ahora con su gran pañuelo en la cabeza y envuelto en su frazada, recuerda más enérgicamente la figura de los viejos patriarcas que sabían ser grandes y hermosos hasta en la hora de morir.

17 de octubre de 1916.

la de música mundial; la de hemeroteca y revistas científicas, la de publicaciones seriales de gobiernos e instituciones; las bibliotecas de países eslavicos y orientales; las de estampas, fotografías, grabados, micropelículas y de discos; las colecciones en Braille y Moon, que cuentan con miles de piezas, ofrecen conocimientos y alegría a una enorme cantidad de consultas inadvertidas. Por el amplio salón de conciertos y conferencias pasan los más destacados artistas y hombres de ciencia. El servicio de reproducción fotográfica es simplemente asombroso: las entregas de fotostáticas, ampliaciones y micropelículas se cuenta por miles diariamente. Para Universidades e Instituciones lejanas, se mantiene un servicio de préstamos por correo. Los gabinetes de trabajo, reservados para investigadores, están provistos de cuantas facilidades requiere el estudioso moderno.

Como es muy lógico esperar, los libros de extremada rareza se encuentran especialmente protegidos; en un amplio salón de ambiente muy exclusivo, se pueden consultar las rarezas bibliográficas más inaccesibles del mundo. Tuve oportunidad de tener en mis manos ciertos incunables de que había oído hablar, pero que nunca había visto. Por unos momentos me creí poseedor de las fuerzas de la maravillosa lámpara de Aladino, ya que con sólo desear aparecían ante mí los libros. Con gran un-

ción y recogimiento tuve en mis manos ediciones Príncipe de Anglería, Fernández de Enciso, Fernández de Oviedo y otros. En una de las “jaulas” (cages) del Departamento de Cartografía, me encontré sumido entre miles de portulanos cartas terrestres, Ptolomeos primitivos, atlas del siglo XVI de Battista Agnese, de Mercator, de Cornely Wythflieth, de Petrus Bertius, Joao Teixeira, Afenden, Ortelius, Giovanni Botero, todas ellas valiosas obras de gran importancia. ¡Qué raro privilegio el de poder trasegar estos infolios incunables, gemas históricas que legaron a la posteridad nuestros insignes antepasados!

Durante varias semanas consulté gran cantidad de mapas para elucidar un punto no aclarado en el desarrollo de nuestra cartografía, que es el siguiente: Aparece por vez primera el nombre “Costa Rica” en un documento de 1539; pero el primer mapa conocido que trae ese nombre no es sino el de 1601 de Herrera y Tordesillas en su “Descripción de las Indias Occidentales”; pero me parece que en ese prolongado lapso de 62 años debe haber habido algún mapa que traiga el querido nombre “Costa Rica”. A pesar de mis esfuerzos no lo he encontrado aún, pero me apertreché de notas que habrán de servirme en futuras investigaciones.

Se ha calculado que la suma total de libros y piezas de enseñanza sobrepasa de los cincuenta millones de especímenes, y que si

los anaqueles se colocasen uno a continuación del otro, éstos alcanzarían una distancia de más de seiscientos kilómetros. Los tarjetos para facilitar el manejo de estas fantásticas acumulaciones, ascienden a cerca de veinte millones de inscripciones. Desde su modesto comienzo, hasta hoy, en sus ciento cincuenta años de existencia, la Biblioteca del Congreso, de Washington, ha llegado a constituirse en la mayor y mejor dotada del mundo. A este maremagnum de libros tuve el placer de agregar mi granito de arena: obsequié un Atlas Histórico - Geográfico de Costa Rica, que la Biblioteca aún no poseía.

Apaciblemente instalado en la mesa asignada para mi trabajo, en momentos de descanso, no podía menos de admirar la perfecta organización; la suntuosidad del edificio; la riqueza incomparable de sus fondos; el orden y silencio sagrado que observa la enorme concurrencia cosmopolita, cada cual profundamente dedicado a su trabajo particular, sin una

voz fuerte, ni una risa estridente; y por fin, las enormes posibilidades brindadas por la mayor Biblioteca del mundo.

¡Cómo agradezco esta notable oportunidad, asequible a través de mi beca, (Leader Grant) del Departamento de Estado!

Jorge A. Lines

30 de agosto de 1954.



Un Oasis en la Novela Española

Por RAMON SENDER

LN los años de la dictadura de Primo de Rivera un día me dijo el conde de Romanones—el viejo político liberal—durante aquel

sombrio período y a causa precisamente de la previa censura, la prensa española se había hecho más literaria y los periódicos estaban mucho mejor escritos.

Yo le contesté que aquello era como decirle a una viuda que le sentaba muy bien el luto. La viuda era la prensa, el luto la censura. Gracias a ella los escritores se veían obligados a usar de un estilo indirecto lleno de sobreentendidos, de alusiones veladas y de otros primores.

La dictadura actual es mucho más severa, y la prensa diaria no puede intentar siquiera la escritura críptica. Con las revistas literarias y con los libros sucede lo mismo.

Pero quedan en la realidad mil ángulos llenos de interés humano que no rozan lo político ni lo moral ni lo religioso. Y algunos autores jóvenes hacen sus primeras armas cultivando esos rincones neutros. Unas veces, con éxito. Otras con más buena intención que habilidad. Alguna, por excepción, con verdadero talento.

Un libro salido recientemente de las prensas de Cataluña nos ofrece un ejemplo digno de respeto y de aplauso: "Siempre en Capilla", de Luisa Forellad. La primera novela de una autora de fuerte aliento. Es un hecho singular que dos de las novelas españolas más originales de los últimos tiempos hayan sido escritas por mujeres. La otra es "Nada", de Carmen Laforet.

"Siempre en Capilla" naturaliza en España un género que en Francia tiene cultivadores de primera magnitud: la narración novelesca sobre un fondo tan naturalmente dramático como suele ser una epidemia con todos sus horrores. Albert Camus escribió "La Peste" detallando con una fría minuciosidad las condiciones sociales que rodean una epidemia de peste bubónica en Orán. Jean Giono, recientemente, ha publicado su "Husar en el Tejado" sobre un hecho igualmente catastrófico: una epidemia de cólera asiático que asoló Francia en la segunda mitad del siglo pasado. El libro de Luisa Forellad también sitúa la acción novelesca sobre la sociedad azotada por la catástrofe: una epidemia de difteria.

Desde la época a la que se refieren esos tres libros hasta hoy el descubrimiento de las vacunas ha atenuado el riesgo y, por lo que se refiere a la peste bubónica, casi la ha suprimido por lo menos, en los países de occidente. Pero esas novelas no tratan de profilaxis ni de higiene pública. Tampoco del aspecto social y ni siquiera documental del nacimiento y desarrollo de una epidemia, como lo habría hecho Zola. Las tres novelas son ante todo, tres narraciones sin otro propósito que tocar y con mover zonas de nuestra naturaleza estética y moral que hasta hoy permanecían más o menos vírgenes.

"Siempre en Capilla" da la impresión, en las primeras páginas, de ser una novela traducida del inglés. Incluso, a veces, mal traducida, como si el autor no tuviera

un dominio completo del idioma de Shakespeare. Pero cuando penetramos en la narración, vemos que la autora descuida el estilo deliberadamente. La forma es fría y mecánica. Esa frialdad le ayuda a mantener un "estilo interior" rígido, cuidadoso y lleno de sutilezas y matices.

Esta novela acaba de convenarnos de la escasa o mala influencia que la generación del 98 ejerce en la juventud de ahora. Baroja ha tenido algunos discípulos, pero sólo entre los escritores más débiles y peor dotados. Los imitadores de Baroja no dejarán huella sensible en la literatura hispánica. ¿Dónde están los seguidores de Valle Inclán? ¿Y los de Unamuno? ¿Y los de Azorín? Valle-Inclán era el más fuerte de todos, pero su influencia puede ser devastadora, y cualquier poeta de hoy tratará de olvidarlo a la hora de escribir él mismo. La violencia de las luces y de las sombras de Valle-Inclán haría palidecer cualquier obra que se presente en el mismo plano y bajo las mismas condiciones. ¿Y Unamuno? ¿Quién va a imitar hoy "Niebla" o "La Tía Tula"?

Los escritores más modernos tienen orientaciones muy distintas. La violencia de la vida española de los últimos años ha acabado con todos o casi todos los manierismos que formaban el estilo de la mayor parte de los viejos maestros. La sangre vertida suele ser fecunda, al menos como enseñanza. Un hecho muy de ahora es la despreocupación de la forma, es decir, del estilo, en el sentido decorativo que al estilo dan los viejos profesores. El estilo a lo Gabriel Miró—insistente en el color, en el rasgo impresionista—no será fácil que vuelva a aparecer por mucho tiempo. El estilo moroso de Azorín, tampoco. La prosa recamada del Valle-Inclán de las "Sonatas" o de las novelas del "Ruedo Ibérico", menos todavía.

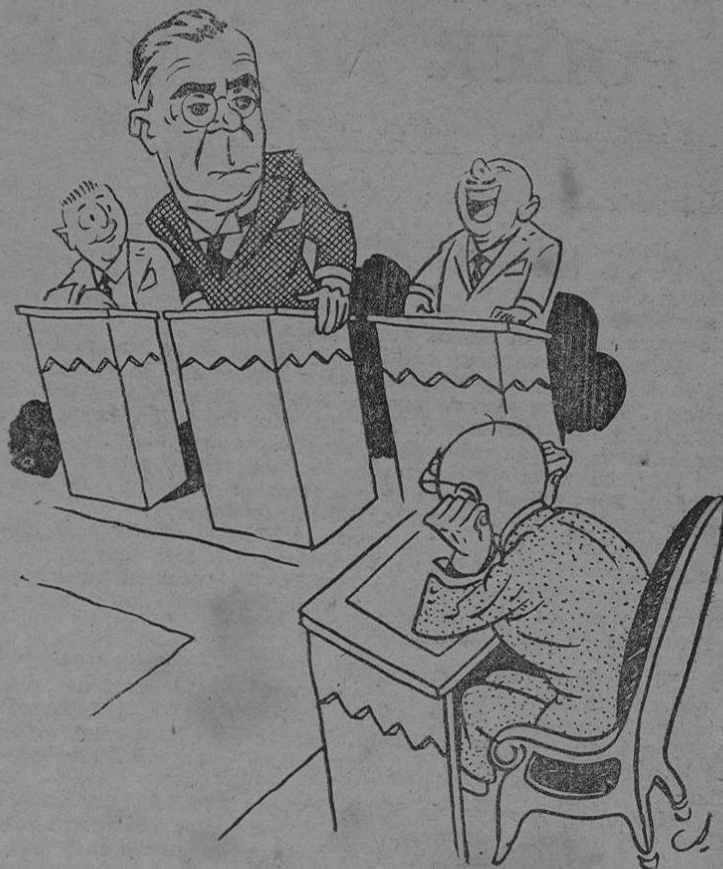
La lección de la sangre lleva a los escritores más jóvenes a subestimar el perfil decorativo de la letra y a buscar dentro de sí mismos ese estilo interior hecho de actos, de enfoque general, de estimativa, que era el estilo de Rojas en la "Celestina" y el de Cervantes y Quevedo. Lo que ganamos con eso es la liquidación del decadentismo modernista y de las tendencias similares que después vinieron más o menos impulsadas por las brisas de Francia. La literatura pierde líneas y contornos y gana osamenta y músculos. Y esa tendencia a la austeridad que se produce en los períodos en que la alegría es difícil y la orgía imposible.

"Siempre en Capilla" es la exposición minuciosa de un período de la vida de tres médicos y sus amigos y auxiliares durante una epidemia de "crup" en Londres. No hay otro dramatismo que el que se desprende de esa amenaza de alcance incalculable que es una epidemia, es decir, de una situación fatal ajena a la voluntad de los hombres y fuera de su control. Detrás de la sobriedad del drama y de los horizontes aparentemente cerrados de la catástrofe hay, sin embargo, una viva promesa. La fe del hombre en el hombre, hecha no de convicciones sino de instintos. Por esa fe del hombre es superior a todas las circunstancias. Los tres libros antes señalados, "La Peste", "El Husar en el Tejado" y "Siempre en Capilla",

Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Noé Salano V.



ando el costarricense recuerda el nombre del Licenciado don Anibal Santos, viene a la mente aquella época de los hombres de pen-

samiento y de acción.

Don Anibal fué un representante del pueblo en la Cámara de Diputados. Su labor se recuerda como una de las más proficuas en bienes para la república. Dirigía la fracción mayoritaria adversa al gobierno. Don Leonidas Pacheco Cabezas, gran orador y gran polemista, dirigía la fracción minoritaria. Frecuentemente ambos diputados tenían fuertes choques parlamentarios. Uno atacaba y el otro defendía.

Se discutía un proyecto de ley del Diputado Santos tendiente a reformar la Ley de Elecciones que perjudicaba al gobierno. Al dársele el Primer Debate, el proponente dormía en su curul de diputado. Don Leonidas Pacheco

aprovechó la oportunidad para ridiculizar a don Anibal, y dirigiéndose más a las barras que al Presidente del Congreso, dijo:

—"Señores diputados: Propongo que la discusión de este asunto se posponga para la sesión venidera, por cuanto el proponente señor Santos está profundamente dormido".

Don Anibal interrumpe al orador, en medio de las risas de las gentes que ese día llenaban las barras del Congreso, para decir:

—"Miente el Diputado Pacheco. Yo no estoy dormido. Yo estoy durmiendo".

Entonces el señor Pacheco Cabezas, tratando de desmoralizar a su contrincante, le responde:

—"Que nos diga el novel literato, qué diferencia existe entre estar dormido y estar durmiendo".

Y Don Anibal Santos, más listo que un venado, le contesta:

—"Señor Pacheco: LA DIFERENCIA ES LA MISMA QUE EXISTE ENTRE ESTAR JODIDO Y ESTAR JODIENDO".

son, pues, libros de fondo optimista.

Los sentimientos tienen en "Siempre en Capilla" un automatismo, cuyo ritmo no por ser mecánico es menos poderoso, eficaz y original. El hombre cree en su vecino y en su compañero y no es siquiera necesario que lo diga para que cada cual sepa a qué atenerse sobre esa fé. Los hechos con su mecánica obstinación lo demuestran.

La tarea de adivinación del lector en ese plano de los afectos es mucho mayor que la del autor tratando de hacerlos perceptibles. Esa "adivinación" da al lector el placer de la colaboración y, por lo tanto, del contacto íntimo con la mente del autor cuyas intenciones más secretas trata de descubrir. Qué diferencia entre esta aparente aridez de estilo y la verbo-

sidad de la novela naturalista donde se nos dan los afectos explicados, sentidos, digeridos y glosados hasta la saciedad.

En cuanto al amor, "Siempre en Capilla" trata de él de un modo más patéticamente antiliterario que ninguna otra novela española moderna. El que sea una mujer quien escribe, hace más extraño el caso. Las mujeres cuando escriben sobre el amor suelen perderse en laberintos de palabras y de encendidos lugares comunes.

En su conjunto, la novela es de una sequedad ardiente, toda esqueleto y fibra nerviosa. Puede quedar al lado de las de Camus y Giono como la contribución española de estos tiempos al sentido actual del heroísmo: una rigidez estoica y una especie de indiferencia actuante. La triste costumbre del terror y la necesidad

PODER DE AMOR

Obra analizada: *Sin Literatura*, líricas de Rogelio Sotela. — 1949.

Distinguido señor Director:

Es éste un brevariario de intenso optimismo. Es la historia de un espíritu que, con entusiasmo, va describiendo cuanto ha podido observar a lo largo de una vida breve y fecunda. El Artista se sitúa, sereno, lo mismo ante el dolor que ante la alegría tanto en el propio corazón, cuanto en los corazones ajenos.

Hay, en el Poeta, un equilibrio perfecto entre los dones últimos de la Vida. Entre la Angustia, alta Angustia y la Alegría, noble Alegría. Ante los ojos de nuestro Artista, el mundo es todo maravilla: todo Luz, todo Amor. Por eso, son, las suyas, horas de esperanza, horas de paz profunda y de silencio armonioso.

Hay, en determinados momentos, un anhelo hondo de íntima soledad. Para quien en ella se complace, la soledad es un nido acogedor, propicio para el ensueño, para la meditación.

El Poeta ansía hacer más clara la Vida y, en ella, más amables los seres y más interesantes sus anhelos y sus melancolías.

Es interesante admirar, en Sotela, la eternidad en los pensamientos y en los sentimientos. Las rimas y los ritmos suyos están saturados de esa misma eternidad.

El Bardo exclama, convencido, ¡la Vida es Buena! No importa que en ella haya ansiedades de juventud, inquietudes de adolescencia, preocupaciones de madurez, resignaciones de ancianidad. La Vida es buena porque es ilusión. Porque está hecha del Amor que el hombre pone, siempre, en cuanto hace y en cuanto anhela realizar.

Hay que pasar, por la Vida, llevando en alto, muy en alto, el tirso azul de la Esperanza. No es cierto que quien espera desespera. Al contrario, quien cierra el alma a las incitaciones fecundas de la esperanza, ha de vivir una existencia de ansiedades sin límites.

Ante la Esperanza, desaparecen, del espíritu, la ambición, la envidia, la soberbia y el rencor. Ella apaga las luces macilentas que todo pecado pretende mantener vivas en lo profundo de la conciencia.

Es preciso aprender a sonreír apaciblemente. Así la vida será fácil, muy fácil.

La poesía nos enseña la verdadera y eficaz plegaria, la que muere, dichosa, el alma serena, llena de esperanzas.

Cree el Artista — y de ello está convencido — que nadie logra detener la propia eternidad. El destino del hombre es vivir, ansioso, siempre, convertirse en esa misma eternidad.

Admirable, profunda en su sencillez evocadora de bellezas sutiles, es la Oración de duelo, aquella que termina noblemente resignada: "las lágrimas que vierta su dolor — sean un himno de paz — y así, cúmplase vuestra voluntad — Señor!" Me conmueve, ahora, como dominó mis sentimientos cuando, por primera vez, la oí entonada por un coro de almas inocentes, reunidas en torno de una tumba inolvidable.

El Artista es celoso de la propia tristeza, de la pena suya íntima. Esa angustia le pertenece, es suya, nada más que suya. Que no se esparza. Que no saque de ansiedad otros corazones. Así es de noble el espíritu de este Bardo costarricense.

Canta el Poeta el misterio sutil que envuelve los ocultos secretos de la Muerte. Ella es fuente de vida. Ella es, como la Vida misma, Esperanza que nunca agota su eterno florecer.

Sotela quiso vivir siempre en las propias moradas teresianas. Allí nunca se atrevieron a introducir sus inquietudes las múltiples maldades humanas. Allí no hubo nunca ni sombras, ni vacíos, ni pesadumbres, ni envidias, ni dolores. El corazón del Poeta fue siempre un jardín, un huerto cerrado, de fe, de serenidad, de esperanza y de amor.

Como bien se puede apreciar, el libro póstumo de Rogelio So-

de racionalizarlo pueden sólo conducir a soluciones como las que se nos ofrecen "La Peste", "El Husar en el Tejado" o "Siempre en Capilla". Es decir, una aceptación alerta y viril sin resignación, sin rebeldía y, sobre todo, sin ninguna clase de retórica.

Pero una vez más nos extraña que sea una mujer quien ha escrito esa novela tan masculina, tan segura y tan sólida, tan exenta de las debilidades o las riquezas de los que entendemos por sensibilidad y especialmente por sensibilidad femenina.

Un reparo se puede hacer a "Siempre en Capilla" y es que hay algunas páginas que parecen inne-

cesarias. Cuando en la última parte, la escritora proyecta la acción hacia el futuro para volver luego a tomar la realidad en el punto donde la había dejado, produce un paréntesis innecesario. Ese "salto al porvenir" es desorientador y quita a la narración densidad y homogeneidad. No obstante, estas últimas cualidades se mantienen contra todas las posibles fallas de la juventud y la falta de experiencia, que nos dan la impresión de ser quiebras y lunares de la más experta madurez. Una madurez donde la última luz —la fe— tiene aún su virginidad, ni más ni menos que en las novelas de Camus y de Giono.



ASI
 VISTEN
 ELLAS

CECILIA

QUIROS

Gasa del ensueño, mariposa encendida por la gracia... Como la flor del crepúsculo, junto al arrebol ilusionado de la tarde, emerge su tenue arquitectura llena de misterio encanto y luz...

(Foto Solano)

tela es una exposición franca de intensos estados de conciencia. En estas páginas se manifiesta la aristocracia de un espíritu excelso. A cada instante nos encontramos con una alma de artista que busca, en la Vida, todo lo bueno que ella sabe dar y que, en esa misma Vida, logró sorprender bellezas y bondades sin cuento. Esas bellezas y esas bondades, la generosidad suya las reparte a manos llenas para que sean, los más, quienes de ellas se aprovechen.

¿Por qué llamó *Sin literatura* este último volumen de líricas? El mismo Autor quiso explicarlo diciendo que, en estas páginas que dejó inéditas, se siente como un hereje que rompe a veces toda regla. El, que fue tan adicto al ritmo justo, cree que aquí ha faltado a los estrictos cánones de la lírica tradicional. Si no se encuentran los anhelos retóricos de la poesía erudita, si el Poeta ha olvidado cuanto en épocas pasadas, fue ley ineludible para el verso, puede afirmarse que ello ha sido porque el Artista quiso expresar los propios estados anímicos en la forma natural que cada uno de ellos exigió.

No hay literatura; aceptemos la declaración del Bardo. Pero hay poesía, rica y vibrante poesía. Y eso es lo fundamental.

En este último libro, Sotela no desmiente sus entusiasmos por los méritos indiscutibles que le concedieron, desde muy temprano en su vida, un puesto entre los mejores poetas de su Patria.

Es la suya una alma que se orienta hacia la luz, hacia la claridad, hacia la transparencia. Fue la de Sotela una incesante contemplación de la Belleza, una intensa meditación acerca de a Bondad.

Espíritu íntimo de este nuestro magnífico lírico: la sencillez, la naturalidad. Palabras sencillas que iluminan la esencia misma de la realidad. Es una síntesis verdadera de cuanto en la vida existe de complejo, sin que encontremos, en momento alguno, rastro ni el más pequeño de esa complejidad evidente.

Pensemos con cariño en el noble Artista que tan temprano nos abandonó. Sus libros magníficos nos han de servir en todo momento para evocar su espíritu y para elevar las mismas plegarias que él en vida entonó a cada instante.

Me suscribo, del señor Director de LA REPUBLICA con simpatía constante,

LUZ DEL ALBA